

Exposición Bibliográfica Virtual

BICENTENARIO MUERTE DE NAPOLEÓN

NAPOLEÓN EN EL ÁREA DE INFLUENCIA DE LA BHMA

Galicia, Asturias, Cantabria, País vasco, La Rioja y Castilla y León

05 DE MAYO DE 1821-05 DE MAYO DE 2021



Napoleón cruzando los Alpes

BIBLIOTECA HISTÓRICO MILITAR DE A CORUÑA

CENTRO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR NOROESTE

A Coruña, mayo 2021

Exposición Bibliográfica Virtual

La Biblioteca Histórico Militar tiene por finalidad proporcionar material bibliográfico de investigación a la comunidad de lectores, investigadores y público en general. Es también, un espacio de custodia del conocimiento que invita a la investigación. Esta Biblioteca es pues, un espacio que une el conocimiento y la cultura, y fomenta la amistad usando como vínculo el libro.

Las Exposiciones Virtuales emitidas por esta Biblioteca tienen por objeto organizar una muestra con los fondos disponibles sobre un “tema” elegido. Se considera que es una forma de estimular la reflexión, generar inquietud y dar visibilidad al rico patrimonio bibliográfico que albergamos en nuestro depósito, no buscando en ningún caso una rigurosidad expresa en la información que reflejan.

Por nueve libras esterlinas (10 euros), el admirador de Napoleón puede encargarse que coloquen sobre su tumba, en la isla de Santa Elena, un ramillete de siemprevivas amarillos atado a una cinta con el nombre y el país de quien envía las flores. El emperador francés todavía despierta pasiones como figura histórica gigantesca y ambivalente. En la colecta que se ha realizado para restaurar su tumba en Los Inválidos, en París, se ha llegado a 836.960 euros.

Este año, el 5 de mayo, se conmemora el bicentenario de la muerte del Emperador francés, por lo que hemos elegido este acontecimiento como Centro de esta Exposición Virtual, dedicado especialmente a Napoleón en España y en este caso concreto a su presencia en las comunidades autónomas dependientes de este Centro de Historia y Cultura Militar, que son Galicia, Asturias, Cantabria, País vasco, La Rioja y Castilla y León.



BICENTENARIO DE LA MUERTE DE NAPOLEÓN

Isla de Santa Elena



Por culpa de la covid, se han anulado los cruceros especiales que debían llevar a bordo de dos buques, a un millar de personas hasta Santa Elena para conmemorar el bicentenario del fallecimiento del ambicioso militar corso.

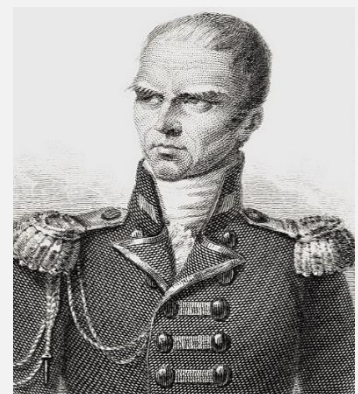
Celebrar el bicentenario del fallecimiento de Napoleón supone un reto para el presidente francés Emmanuel Macron, de quien se suele decir que posee algunos reflejos bonapartistas, por su estilo a veces autoritario. No es fácil honrar la memoria de un personaje que invadió a media Europa, a un altísimo coste en sangre y, que reintrodujo la esclavitud —abolida por la Revolución Francesa— para luego volverla a suprimir.

Para el historiador británico Peter Hicks, a cargo de las relaciones internacionales de la Fundación Napoleón, el emperador francés debe ser visto hoy según el contexto de la época.

Hicks insiste en que culpar a Napoleón no es honesto históricamente porque todas las potencias perseguían sus objetivos. “Gran Bretaña luchaba por el comercio, España y Portugal seguían buscando alejar a Gran Bretaña de sus imperios sudamericanos. Francia no renunciaba a sus fronteras naturales, Austria continuaba siendo hostil a Rusia ...

Entre quienes esperan magnanimidad hacia Napoleón resuena todavía el comentario que se atribuye a sir Hudson Lowe, gobernador de Santa Elena, cuando se presentó en Lonwood House para certificar la muerte del ilustre confinado. Aunque ambos habían mantenido una relación tumultuosa, Lowe mostró grandeza de espíritu. “Pues bien, señores, era el mayor enemigo de Inglaterra y también el mío, pero le perdono todo —dijo a quienes le acompañaban—. A la muerte de un gran hombre, uno solo debe sentir un profundo dolor y pesar”.

Sir Hudson Lowe



Napoleón en Galicia

General Maucune



Cuando los gallegos se levantaron, en villas y ciudades, los militares franceses reaccionaron con terroríficas expediciones de castigo, violando, asesinando e incendiando todo a su paso. La Reconquista de Vigo fue el mayor triunfo de los rebeldes y, tras ella, con casi los mismos protagonistas vigueses, llegó la liberación de Tui, la de Pontevedra o la de Compostela. Como represalia, en mayo el general Maucune marchó sobre el sur de Galicia en una campaña de tierra quemada. Y, en junio, el mariscal Ney intentó sofocar definitivamente la rebelión, pero fue vencido en la batalla de Pontesampaio. La

continua pérdida de efectivos hizo menguar en seis meses el ejército que mandaba Soult desde Francia: de más de 60.000 hombres, cuando invade Galicia, al salir de este reino, se quedaba con un cuerpo de 22.000 soldados, sirviendo al mando de Ney.

Dos siglos después, abunda el argumento historicista que dice que los gallegos en 1809 lucharon en realidad contra la democracia, jaleados por los curas y por los absolutistas. Es falso. y es un insulto, lo hicieron por las Cortes de Cádiz, que aprobaron la primera constitución del estado y abolieron la Inquisición, por ejemplo.

El historiador Louis Madelin, gran autoridad en el tema, se rinde ante los gallegos de 1809: «El hecho de que paisanos mal armados, sin conocimientos ni experiencia militar alguna, derrotados y dispersos frecuentemente, puedan hacer fracasar al genial Emperador y a los valientes ‘vencedores de Europa’, obligándoles, finalmente, a evacuar España, es una verdad que los profesionales no suelen admitir fácilmente, y eso no solamente los franceses, sino también los británicos y, a veces, hasta los propios españoles».

Ante esta situación, los británicos olvidando las tensiones anteriores con España enviaron a un gran número de soldados en nuestro auxilio. Ingleses o no, lo cierto es que este ejército al mando del general Moore logró llegar hasta Lisboa. Estas noticias provocaron la implicación personal de Napoleón y entró en España con una Grand Armée de ocho cuerpos de ejército mandados por sus principales mariscales. Venció a los descoordinados ejércitos españoles y entró en Madrid. Cuando recibió la noticia de que el ejército británico de Moore estaba en España, inmediatamente salió en su busca.

Moore cuando supo que el mismísimo emperador se dirigía hacia Castilla con intención de enfrentarse a él, huyó en dirección a Galicia, donde una flota británica le esperaba para llevarle a lugar seguro. El mallorquín Don Pedro Caro y Sureda, el general que mandaba por entonces uno de los mayores contingentes españoles, recibió su negativa a combatir junto a sus hombres en Astorga (León), por lo que sabedor de que si luchaba solo con su contingente sería aplastado, no tuvo más remedio que seguirle.

Napoleón lanzó tras los ingleses al segundo cuerpo de ejército del mariscal Soult y tras él al sexto del mariscal Ney para que lo relevara en Galicia.

La ocupación de Galicia no entraba en los planes inmediatos de Napoleón. Territorio considerado pobre y sometido al clero, fue la persecución del ejército inglés al mando de Moore lo que determinó el movimiento de las tropas francesas y la ocupación de Galicia

Galicia, lugar en el que el ejército francés no encontró la paz

A comienzos de aquel frío mes de enero de 1809 más de 60.000 soldados de las Águilas Imperiales invadieron el Reino de Galicia.

Soult hizo su aparición en Galicia al mando de 45.000 hombres divididos en cuatro divisiones de infantería y tres de caballería. Días después llegó Ney, con otros 17.000. Por el contrario, en el norte únicamente había unos 9.000 soldados pertenecientes al ejército del español Caro y Sureda. Ante esta precaria situación, se tomó una dura decisión: el contingente no combatiría frontalmente contra los galos hasta que estuviera preparado.

Foto Actual de la Reconquista de Vigo



Así pues, la defensa de la región se llevó a cabo mediante partidas de campesinos que, aunque no dejaron respirar ni un segundo a los galos, poco podían hacer ante un ejército del calibre del francés. Por lo tanto, sin posibilidad de detener –por el momento- a los franceses, éstos tomaron rápidamente buena parte de la región. «Esto explica que la dominación de Galicia fuera un paseo militar para los franceses, que en 20 días ocuparon todo el territorio: Lugo fue ocupada el 9 de enero; Betanzos el 11, un cuerpo de ejército francés

ocupó Santiago el 17; el 19 se entrega la plaza fuerte de A Coruña; el 26 se entrega la segunda plaza fuerte de Ferrol; el día 20 había sido ocupado Ourense; el 26 Pontevedra y el 31 caen las plazas de Vigo y Tui»,

Absolutistas y liberales dejaron por un tiempo apeadas sus diferencias políticas y lucharon en el mismo bando para lograr el regreso del monarca Fernando VII y expulsar del trono al rey, José Bonaparte. Así se enarbola la bandera de la libertad: el clero radical absolutista y los políticos de tendencia liberal no se distinguirán en sus decisiones a tomar. Se mostraban contrarios en sus ideas y eran partidarios de sacar a los franceses de España.

Esto dará lugar al nacimiento de las partidas que pelearán a lo largo y ancho de Galicia contra el invasor, lo que propició la aparición de numerosos líderes religiosos, civiles y militares, que tomaron la decisión de levantar al pueblo y guiarlo a una sola voz “Victoria o Muerte”. La invasión francesa era una excusa de Napoleón para pasar a Portugal con sus tropas y quedarse en España e imponer su voluntad a la monarquía de Carlos IV, quien renunció al trono, lo mismo que su hijo Fernando VII.

Galicia estaba muy abandonada por la Corte, su ejército era escaso y las comunicaciones con Madrid apenas existían. Después de lo acontecido en la capital, el 2 de mayo de 1808, se constituye una Junta Superior de Defensa que hará las veces de gobierno central en A Coruña y acuden los representantes de las siete provincias de Galicia.

Será el clero rural de Galicia, junto con algunos frailes, los que den el impulso necesario para levantar a los feligreses. Sus sermones y su ejemplo en algunos casos de coger las armas, junto con una elemental preparación militar enseñada por algunos soldados implicados, harán el resto.

Capitán General Caro y Sureda



Los franceses combaten

Un renovado Caro y Sureda inició una campaña para instar al pueblo a armarse contra el invasor y favorecer la creación de organismos de gobierno. De esta forma, comenzó la reconquista de Galicia.

Por su parte, el mando central español que aún resistía también puso su granito de arena enviando a varios oficiales para motivar la llamada a las armas. «D. Manuel García del Barrio, y D. Pablo Morillo, ambos oficiales del ejército y a D. Manuel Acuña y Malvar, canónigo de Santiago, reanimaron el espíritu público de los gallegos y organizaran tropas para la liberación de Galicia»,

Foto Actual de Villagarcía de Arosa



Así pues, un nuevo espíritu patriótico invadió a los gallegos que, muchas veces sin contar ni siquiera con armas de fuego, se hicieron con cualquier cosa punzante o que pudiera arrojarse y se lanzaron a la reconquista de su tierra. Mermados por la marcha de Soult a la conquista de Portugal, los franceses restantes quedaron aislados y se vieron superados por partidas de improvisados soldados que no mostraron piedad ante el invasor galo. Con más valor que cordura, el pueblo –ayudado por algunas unidades militares formadas en esos meses- tomó desde Lugo hasta Vigo pasando por Santiago.

La movilización española colmó la paciencia de Ney que tomó la decisión de atacar y recuperar Santiago. Desde allí, solicitó ayuda a su camarada Soult para caer sobre las dispersas tropas españolas, las cuales dirigían sus pasos hacia Pontevedra. El galo buscaba, concretamente, una batalla definitiva que garantizase el dominio napoleónico sobre la zona.

La batalla de Ponte Sampaio.

Mientras el mariscal francés preparaba a sus soldados para marchar hacia la contienda, los oficiales españoles mantuvieron una reunión en la que decidieron el lugar donde plantarían batalla al poderoso ejército imperial. Tras horas de parlamento, concluyeron que establecerían su defensa a pocos minutos de Pontevedra, cerca de un caudaloso río de 44 kilómetros de extensión llamado Verdugo. Concretamente, este lugar les pareció el idóneo debido a que, durante la contienda, habría un río entre ellos y los franceses que sólo se podía atravesar por dos puentes: el de Sampaio (que había sido volado en parte para evitar el paso del enemigo) y el de Caldelas (en perfecto estado y a 12 kilómetros del primero).

Foto reciente del Puente de Sampaio



Coronel Pablo Morillo



Tras cruzar el Verdugo ayudados por varias barcasas, los españoles hicieron recuento de sus efectivos. «La división del Miño tenía de 6 a 7.000 hombres con armas de fuego y otros 3.000 sin ellas (la mayoría milicianos), además de 120 caballos y nueve cañones de campaña». A su vez, este improvisado ejército contaba con el apoyo de 200 vecinos de un pueblo cercano –muchos de los cuales no portaban armas de fuego-, dos impresionantes cañones navales, y media

docena de lanchas cañoneras que, desde el propio río, hostigarían a los hombres de Ney. El siete de junio de 1809 los españoles, al mando de Martín de la Carrera y el coronel Pablo Morillo, ocuparon sus posiciones. «Toda la división española se estableció a lo largo de la orilla meridional del río, entre

Sampayo y Caldelas, pero el centro de gravedad de la defensa estaba constituido por dos grandes cañones navales de hierro situados en un cerro, cañones que enfilaban el paso del puente (Sampayo). Estaban protegidos y servidos por tres artilleros y un puñado de marineros, todos a las órdenes de un piloto de la marina mercante».

Por otro lado, los 200 vecinos fueron enviados al puente de Caldelas, donde se encargarían de evitar, con la ayuda de las lanchas cañoneras, que los franceses cruzaran el agua y envolvieran al contingente principal.

El mariscal Ney, por su parte, hizo su aparición frente a las tropas españolas el mismo día 7. Bajo su mando, contaba nada menos que con 8.000 infantes perfectamente pertrechados con fusiles y curtidos, 1.200 jinetes de élite y una buena cantidad de cañones con los que bombardear a Carrera y Morillo. Entre las nueve y las diez y media de la mañana, roto el fuego, el mariscal galo probó suerte y adelantó sus cañones con la intención de acabar con la artillería enemiga.

«Inmediatamente comenzó un duelo artillero entre ambas orillas que causó numerosas bajas. Los marineros de la batería cargaban los grandes cañones de a 24 con bala, palanqueta y saco de metralla, según el viejo dicho marinero “Pólvora poca y metralla hasta la boca”, con lo que cada disparo producía un gran cono letal. El retroceso sacaba a los cañones de su emplazamiento y, una vez cargados de nuevo, los sirvientes tenían que llevarlos otra vez a que asomaran el tubo entre los cestones».

El retronar de los cañones continuó durante buena parte de la mañana. Del lado francés, Ney esperaba tranquilo. Tampoco vencían los nervios a los hispanos en el otro lado de la orilla. De hecho, sólo hubo un momento en que Morillo hizo una mueca de disgusto: cuando una bala de cañón pasó rozándole la cabeza y lanzó su sombrero varios metros hacia atrás.

Después de que una espesa niebla detuviera el intercambio de bolas metálicas a eso del mediodía, Ney elevó su sable por encima de la cabeza y, copando el aire, lanzó un sonoro grito: «¡Vive l'Empereur!». Al unísono, varias unidades se abalanzaron sobre el flanco derecho del río, tratando de atravesarlo en su parte más estrecha. Sin embargo, no contaban con la buena puntería de aquellos campesinos, quienes, con cientos de fusiles en ristre, llenaron el Verdugo con los casacones azules cubiertos de sangre de los franceses. Fue sólo entonces cuando el mariscal galo lanzó una mirada de disgusto, la defensa de su enemigo era más férrea de lo que parecía. Sabedor de que tenía que replantearse su ataque, y con la llegada de la noche, ordenó a sus tropas que se retiraran a su campamento por el momento.

Cuando, en el día 8, despuntó el alba, Ney ya tenía preparado su nuevo plan. En este caso trataría de atravesar el río por el puente de Caldelas. «Ney desplazó 1.500 hombres hacia el puente Caldelas para envolver las posiciones de españolas del puente Sampayo y envió asimismo tropas y artillería a un pinar contiguo, llamado de Acuña a fin de neutralizar las cañoneras que batían el puente.

Los oficiales españoles, viendo los movimientos del mariscal francés, procedieron de manera rápida. En primer lugar, Morillo acudió junto a una unidad de fusileros al puente Caldelas, únicamente defendido por 200 habitantes de los pueblos cercanos. Por suerte, tuvo tiempo de llegar ya que los improvisados soldados habían instalado multitud de trampas en el paso. Una vez frente al pontón,

los soldados y los campesinos que disponían de armas de fuego formaron una hilera y cargaron sus fusiles. Acto seguido, lanzaron una letal lluvia de plomo sobre la caballería francesa que trataba de llegar hasta ellos sable y lanza en ristre. Cuando se disipó el humo de los disparos la escena era dantesca: cientos de jinetes habían muerto y el resto se retiraban desesperados.

Monumento a los Héroes de PonteSampaio



Por otro lado, Carrera permitió a las lanchas cañoneras encargarse de las tropas francesas que intentaban atravesar el Verdugo usando los estrechos pasos ubicados a ambos lados de los puentes. Las embarcaciones acribillaron sin piedad a los hombres que intentaban cruzar el río e, incluso, llegaron a disparar contra los árboles ubicados en la orilla con la intención de que cayeran sobre los gabachos. Los franceses, por su parte, se vieron obligados a girar sobre sí mismos y volver por donde habían venido. La victoria estaba cada vez más cerca de los gallegos.

Con el paso de las horas, y sabedor de que palpaba la derrota con los dedos, el mariscal francés ordenó lanzar un último y desesperado ataque. En este caso, los encargados de intentar causar daños a los españoles fueron sus cañones. No obstante, los hispanos dirigieron sus fusiles hacia la artillería enemiga, en lugar de hacia los soldados galos, y, descarga tras descarga, lograron

acabar con los servidores de las baterías. El último cartucho de Ney se había disipado.

A partir de ese momento, el ataque fue perdiendo fuerza hasta que, se tocó a retirada. «El día 9 los franceses habían desaparecido de la orilla de enfrente y los paisanos se acercaron cautelosamente; a las 11, una patrulla de caballería española confirmó que los franceses se habían retirado. Según un desertor llevaban 190 carros con heridos y las bajas francesas pasaban de 600. Los españoles sufrieron 110 entre muertos y heridos», finaliza el militar. Horas después, los espías españoles vieron a Ney dirigir a los restos de su ejército hacia Castilla. Galicia había sido liberada

Galicia fue el primer territorio de España en liberarse de las garras de Napoleón

Actualmente, existe una polémica entre aquellos autores que defienden que el mérito de la victoria se debe fundamentalmente a los guerrilleros gallegos, como X. R. Barreiro Fernández, y los que sostienen que sin la dirección militar de Cachamuiña o Pablo Morillo la batalla habría finalizado de forma muy diferente.

Coronel Cachamuiña



Napoleón en Asturias

Banderas de Asturias



No hay un Francisco de Goya que haya pintado al óleo los sucesos de Asturias el 25 de mayo de 1808. No hay pinturas de majos a navajazos contra mamelucos a caballo ni tampoco de fusilamientos nocturnos en Moncloa. No es siquiera una efeméride que se celebre de forma oficial. Pero lo cierto es que hace más de 200 años pasaron muchas cosas en Asturias que no sólo cambiaron la historia del país y pusieron su granito de arena en modificar la del continente entero, fue la primera ocasión en la que se reconoció la soberanía popular en la península ibérica y fue también cuando se diseñó la bandera actual de Asturias, con fondo azul y su cruz de la victoria en amarillo.

Las primeras noticias de lo ocurrido en el levantamiento del 2 de mayo en Madrid llegan a Oviedo una semana después y con ese correo llega también una advertencia de Joaquín Murat, cuñado de Napoleón, informando de que habrá penas y castigo contra cualquier rebelión ante las tropas francesas. Ese mismo día, el 9 de mayo, estudiantes de la Universidad de Oviedo asaltan la fábrica de armas e intentan forzar a la audiencia provincial.



En los días que siguieron a ese 9 de mayo, el día 11 la Junta enviaba comisionados a León, Cantabria y Galicia para arengarlas a la rebelión, pidiendo poco después el desarme del populacho en Oviedo. Pero muchos no estaban conformes, el marqués de Santa Cruz les afeó la cobardía y juró que iría él solo a plantar cara a Pajares y «la posteridad sabrá que hubo un astur leal y bizarro que murió resistiendo solo en la invasión de este noble suelo».

El día 21 llegó a Oviedo un coronel de la Legión de Honor napoleónica. Tenían la orden de fusilar a los miembros de la Junta que se había mostrado abiertos a la rebelión el 9 de mayo. Pero el embrión del ejército asturiano ya estaba en marcha, llegaron unos 2.000 hombres que hicieron campamento. La autoridad del Antiguo Régimen se derrumba, los paisanos llegados de toda Asturias toman la fábrica de armas y constituyen la Junta Suprema.



Asturias formó su «Ejército defensivo» y encargó a un grupo de notables, que tomó en consideración un informe de Jovellanos, para diseñar una bandera para sus tropas. Esta es, con variaciones, la que hoy luce en el Principado, azul con la cruz de la Victoria y entonces llevaba el lema de «Asturias xamás vencida». La Junta Suprema declara la guerra «al tirano de Europa», nombra General en Jefe del Ejército del Principado a Joaquín Navia Osorio y Miranda Marqués de Santa Cruz

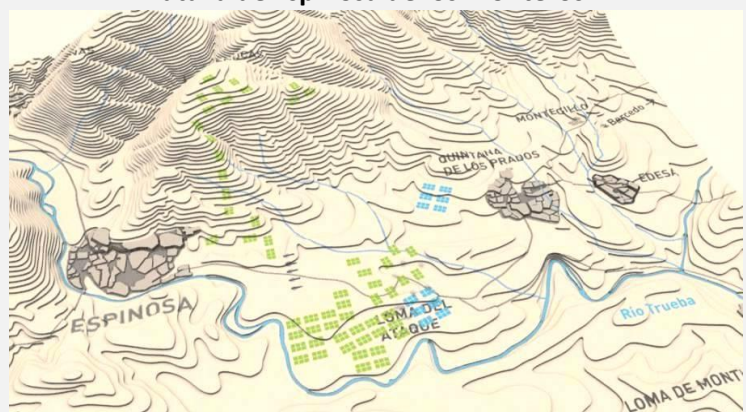
Cuando Asturias perdió la batalla contra Napoleón

Han pasado más de 200 años de los días en que unos 3.000 asturianos desaparecieron en Espinosa de Monteros (Burgos).

Al norte de la provincia de Burgos, en la comarca de las Merindades de Castilla, se ubica Espinosa de los Monteros. Allí, hace dos siglos, franceses y españoles fueron enemigos y combatieron sin tregua durante el gélido mes de noviembre en este paraje burgalés de perfil escarpado. La batalla no fue la decisiva, pero sí contribuyó de forma relevante a que Napoleón y sus tropas consolidaran su dominio durante la Guerra de la Independencia.

La batalla de Espinosa aconteció los días 10 y el 11 de noviembre de 1808. El ejército español -inferior de por sí en número (21.000 ante 25.000)- llegaba en unas condiciones lamentables. Las crónicas de la época así lo atestiguan, reconociendo que los españoles debían de enfrentarse, además de a sus enemigos, a la lluvia, el frío y el hambre.

Batalla de Espinosa de los Monteros



En el ejército español, la presencia asturiana era amplia, con una división con 7.848 soldados. Los Regimientos de Infantería de Candás y Luanco, Cangas de Tineo, Castropol, Grado, Lena, Luarca, Salas, Siero y Villaviciosa, además de la Milicia Provincial de Oviedo, participaron en la contienda, que se saldó con 1.348 bajas contabilizadas y más de 2.000 desaparecidos en combate.

En Espinosa, los franceses superaron también en estrategia y en organización a los españoles. El ejército galo, mejor organizado, aniquiló primero a los generales, dejando descabezadas a las tropas. Sin embargo, los españoles opusieron resistencia, sobre todo el primer día. En el segundo, la contienda acabó por desnivelarse para el ejército invasor.

El papel de Asturias

Sin embargo, el papel de Asturias no se limita a su representación en aquella batalla ni en posteriores enfrentamientos y así lo certifican los libros, que aluden a una curiosa y osada declaración de guerra que la Junta del Principado pronunció contra el Imperio de Napoleón.

«Jamás hubo cosa tan valiente, tan generosa, tan noble, como la conducta de los asturianos», manifestó el orador y literato Mr. Sheridan en la Cámara de los Comunes el 15 de junio de 1808. Palabras de elogio recordadas también en el libro 'Historia del levantamiento, guerra y revolución de España': «A ambos lados de la cámara aplaudieron aquellas elocuentes palabras que expresaban el sentir común de los individuos».



Napoleón en Cantabria

En el año 1812, Napoleón Bonaparte dirigió la construcción del fuerte posteriormente denominado Batería de la Cueva, próximo a la playa de Berria.



Al realizar la obra se eliminó parte de la peña sobre la que se levanta, suponiendo una gran inversión económica y de recursos. Batería Rouget, levantada en 1811 por orden expresa de Napoleón. Hay que decir que el Fuerte nunca fue terminado del todo, es una gran obra sólida construida bajo la supervisión del Conde Cafarelli.

Fuerte del Mazo

El Fuerte del Mazo es más pequeño que el Fuerte de San Carlos o el de San Martín, y tiene la única garita de vigilancia de ésta época que queda a día de hoy en Cantabria.

Durante la Guerra de la Independencia, Santoña, sirvió de depósito general de efectos de guerra, favoreciendo de este modo las operaciones francesas. De ahí que el ejército galo se preocupase de fortificar la villa.



En 1813, la idea de que los ingleses querían apoderarse de Santoña, por ser una excelente posición estratégica en el Cantábrico y convertirla así en otro Gibraltar, preocupaba profundamente a los españoles y a los franceses. Éstas razones hicieron que el Fuerte del Mazo fuera el último lugar de la costa Cantábrica en ser abandonado por las tropas francesas ya que, pese a los intentos del ejército inglés de tomar la plaza en nombre de España, el previsor General francés Charles Malo François, quiso esperar a que fuesen las fuerzas españolas quienes se posesionaran de la misma.

Fuertes y Baluartes de Santoña



Los franceses, durante la “Guerra de la Independencia”, ejecutaron dos fortificaciones para la defensa del acceso norte a Santoña: los fuertes denominados Imperial o de Napoleón y del Mazo. El fuerte Imperial, la plaza de armas, fue derruido a principios de siglo para construir el penal del Dueso, transmitiendo su sobrenombre de “Napoleón” al fuerte del Mazo. Fue reformado ligeramente en 1870, y en 2001 se restauró en su totalidad.

La guerra en Cantabria

En Cantabria en un primer momento las autoridades civiles y religiosas de Santander permanecieron a la expectativa, optando por la prudencia y el control de la situación frente a un doble temor: el posible castigo francés ante cualquier acción reivindicativa y el miedo a un levantamiento popular incontrolable. Este se produce finalmente el 26 de mayo de 1808, por lo cual las autoridades deciden encabezarlo procurando contener los impulsos populares. Se constituye así una Junta Suprema Cantábrica. En colaboración con Asturias se organiza un Armamento Cántabro dirigido por el coronel Velarde e integrado por 5000 voluntarios destinados a controlar los accesos de la cordillera. No obstante, la reacción francesa enviada desde Burgos logra sendas victorias en Lantueno y el puerto del Escudo, tomando Santander el 23 de junio, de donde ya habían huido las autoridades y parte de los ciudadanos.

La resistencia guerrillera se extendió a toda la geografía regional, destacando cabecillas como Juan López Campillo en la zona oriental o Juan Díaz Porlier El Marquésito



Puerto del Escudo

La lucha ocasionó numerosos combates que costaron terribles pérdidas humanas y materiales. El año crucial fue 1812, cuando la retirada de efectivos franceses hacia el frente ruso, una ofensiva guerrillera a escala nacional y la campaña de Wellington desde Portugal quebraron el poderío

napoleónico, obligando a José I a abandonar Madrid y a las tropas de ocupación a replegarse al norte. En Cantabria la base francesa se acantona en Santoña, cuyo carácter casi insular y sus construcciones defensivas la convertirán en un baluarte inexpugnable hasta la retirada francesa el 28 de mayo de 1814, finalizada ya la guerra (hecho que llevó a denominarla “Gibraltar del Cantábrico”). El último acto de guerra tuvo lugar el 11 de mayo de 1813, cuando las tropas francesas, en su retirada y tras un asedio iniciado el 29 de abril, tomaron Castro-Urdiales provocando un baño de sangre.

Restauración absolutista

Regresadas a Santander las antiguas autoridades, el evidente fracaso de la restauración de Fernando VII en asegurar las condiciones que permitían el enriquecimiento de la burguesía santanderina inclinará a ésta a secundar el alzamiento liberal de 1820, iniciado en Cádiz y propagado a la guarnición militar de Santoña. Así, el retorno a la acción guerrillera rural que supuso la proliferación de partidas realistas, de importante presencia en esta región, fue seguida de una nueva invasión francesa, la de los Cien Mil Hijos de San Luis, que abolió la Constitución, suprimió el Parlamento y reinstauró los poderes absolutos del monarca. En Cantabria sólo Santoña resistió varios meses.



Napoléon en el País vasco

El siglo XIX es conocido como la “época de las revoluciones” o la “primavera de los pueblos”, en ese siglo nacieron, por ejemplo, los Estados italiano o alemán. El siglo comenzó con la derrota española y francesa en 1805 frente a las costas de Cádiz en Trafalgar, donde participaron y murieron en el fragor de la batalla vascos como el cartógrafo de Mutriku Cosme Damián Txurruka en manos de la armada inglesa al mando de Horacio Nelson.

Pero las cosas se torcieron aún más con la invasión de las tropas francesas de 1807 que tomaron Irún, tras la abdicación del rey de España.

Así, José Bonaparte se convirtió en el jefe de Estado del reino de España y al que parte del pueblo español insultaba llamándolo “Pepe Botella” por su supuesta afición al alcohol, aunque en realidad fuese abstemio.

La «Constitución de Baiona» será conocida como la primera Constitución que ha tenido España, curiosamente impuesta por los franceses con el beneplácito de los notables españoles que acudieron al evento (66 de los 150 convocados); José Bonaparte sería el nuevo jefe de Estado y de gobierno con el título de rey de España como queda dicho. El secretario y el presidente que escribieron la primer Constitución española, entre otros muchos, eran vascos. Se trataba de una ley mucho más moderna y liberal de lo que la sociedad española del momento era capaz de asumir.

La Constitución de Bayona definía el Estado integrado por el reino de Aragón, el de Catalunya y el Estado vasco al estilo de las marcas francas. Además, proponía la creación del mencionado reino de Aragón y el principado de Cataluña, el resto de España formaría una única administración y Portugal se dividiría en tres regiones francesas.

Garat era partidario de “no dejar entrar en este territorio más que a verdaderos vascos (...)”, así como de “llevar a las escuelas públicas la enseñanza de su lengua (el vascuence, basque o euskera)”. Propuso a Napoleón por tanto la unidad territorial de los siete territorios vascos, con sus propias



Cosme Damián Churruca



leyes o Fueros que tanta prosperidad les daba, lo que llevaría en su opinión, a que los vascos apoyaran a Napoleón y a Francia, creando una gran armada contra la inglesa en un futuro próximo, empezando por combatir desde ese momento como corsarios por Francia para su preparación.

Durante las guerras contra la invasión francesa, sobre toda Alta Navarra y tierras limítrofes, gobernaba realmente el «insurrecto» navarro, luego nombrado mariscal, llamado Espoz y Mina (Francisco Espoz Ilundain Mina Ardaiz, de Idotzin, Merindad de Sangüesa), con 10.000 milicianos o “guerrilleros” de los 30.000 que había en toda España. Espoz y Mina se expresaba en euskera con sus tropas, pues apenas sabía algo de castellano en esos primeros años de guerrillero, tal y como señalan sus biógrafos.

Espos y Mina



Para los franceses, todos los insurrectos eran “insurrectos”, llamados entonces bandidos, para los españoles eran y son héroes nacionales, aunque en el caso navarro es difícil pretender ver en ellos patriotas españoles, ya que su defensa era del territorio navarro y de los Fueros, sin tener la menor referencia a una unidad española por ser ésta inexistente en estas fechas, al ser “las Españas” diferentes naciones y reinos bajo una misma corona, diferentes en todo en idioma, cultura, historia, leyes, modos de vida etc.

Algunos quieren ver en Espoz y Mina a un gran patriota español, pero lo cierto es que sólo luchó por Alta Navarra.

Los franceses salieron de la península Ibérica por donde entraron, así, en tierras de la Navarra Occidental, las últimas batallas fueron muy duras. En Vitoria, donde se encontraba el Gobierno español de José Bonaparte, se produjo una importante derrota francesa a manos también del Duque de Wellington y el general José Goikoetxea y Salazar en 1813, conocida como la “batalla de Vitoria”, donde murieron 5.000 franceses, cuyos cuerpos siguen aún hoy apareciendo en diversas obras y excavaciones que se llevan a cabo en la ciudad.

Mucha peor suerte corrió San Sebastián a la que no se le perdonaba su posición pro independentista y pro francesa lo cual extrañamente se celebra todos los años con una tamborrada el día de San Sebastián.



Asedio de San Sebastián

Los franceses en el País Vasco

Los franceses ya estuvieron en el País Vasco años antes de 1808. Fue en 1795, cuando las tropas de la Convención traspasaron la frontera con el objetivo de expandir los principios de la Revolución Francesa. Demasiado poco tiempo medió entre un hecho y otro como para que los vascos pudieran reponerse de aquellos primeros años en los que, entre otras cosas, se puso en evidencia que no eran pocos, sobre todo en San Sebastián, Vitoria y Bilbao, los que manifestaban sus simpatías y apegos a unas ideas que amenazaban con derrumbar para siempre los pilares de la sociedad tradicional.

Los alaveses fueron los primeros en darse cuenta de la avalancha napoleónica. San Sebastián fue la siguiente en caer. Los juegos, las intrigas y los intereses políticos facilitaron la entrada de las tropas francesas mandadas por el general Thouvenot, a comienzos de marzo de 1808.

Todo cambió el 2 de mayo de 1808. La determinación de los madrileños animó a que en muchos de los lugares en los que la presencia francesa no era muy nutrida. Fue entonces cuando Bilbao entró en escena. Poco a poco los mensajes y proclamas de los antifranceses calaron en buena parte de la población. Pero si hubo algo que disparó todas las euforias fue la inesperada derrota de las tropas francesas en Bailén, el 19 de julio de 1808. Cuando la noticia llegó al País Vasco se disiparon todas las dudas: había que prepararse, organizarse y armarse para hacer frente al invasor francés.

Resistencia de Bilbao

El grueso de aquel Ejército de Vizcaya se acantonó en Bilbao a la espera del más que posible ataque de los franceses, ya que estos tenían noticias de lo ocurrido en la Villa y en todo el territorio vizcaíno. Sin embargo, no fueron pocos los que opinaban que poco o nada se podía hacer contra la poderosa maquinaria de guerra napoleónica. De ahí que las autoridades locales intentasen convencer a los líderes de la sublevación de que era inútil hacer

frente a los invasores. «Pero el pueblo, incapaz ya de discurso, soliviantado por las predicaciones de los exaltados y obstinado en su pasión de guerra, se alzó airado contra aquella idea y se manifestó en tumulto el día 15 de agosto». Entre los más activos en las labores de propaganda levantisca estuvieron los franciscanos de Abando, los capuchinos de Deusto, los mercedarios y los carmelitas.

El 16 de agosto, el Ejército napoleónico, mandado por el general Merlin, rompió las defensas de Bolueta y se preparó para entrar en Bilbao. Su mensaje a los bilbaínos no dejó lugar a la duda: «Si

Monasterio de Franciscanos



nadie quiere prevenir las desgracias que van a azotar a una de las villas más traficantes del Reyno, tendré la obligación de darla al saqueo y furor de mis soldados».

La defensa fue encarnizada. El fuego de artillería proveniente de las defensas instaladas en San Francisco se combinaba con el de los rebeldes apostados en las barricadas de la plazuela de los Santos Juanes.



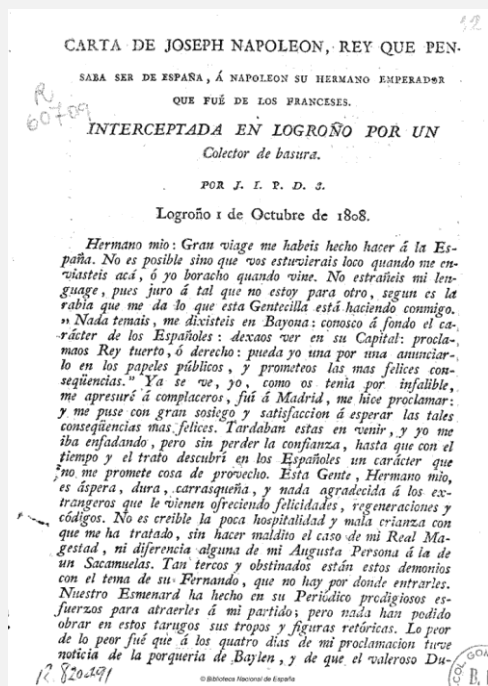
Gaspar de Jáuregui

Una vez sofocado el último reducto de resistencia, el situado junto al convento de San Francisco, dio comienzo una de las ceremonias más terribles de cuantas acarrea la guerra: el saqueo.

Después de aquellos dramáticos acontecimientos, llegaron años difíciles. La resistencia tomó forma en el País Vasco, sobre todo la protagonizada desde Guipúzcoa por Gaspar de Jáuregui, el Pastor, que lideró una pequeña partida de media docena de guerrilleros que, con el tiempo, se convirtieron en un auténtico ejército que operó en los tres territorios. El País Vasco ganó protagonismo al final de la Guerra de la Independencia, ya que en él tuvieron lugar dos de las batallas más significativas: la de Vitoria y la de San Marcial (Irún), en 1813. En aquella recta final, San Sebastián fue la ciudad vasca que sufrió los momentos más dramáticos. La

supuesta liberación por parte de las tropas británicas de Wellington no fue tal. La ciudad fue incendiada el 31 de agosto de 1813. ¿Era demasiado afrancesada? ¿Era un enclave comercial peligroso para los ingleses? Sea como fuere, lo cierto fue que sus libertadores la quemaron y saquearon sin piedad.

Napoleón en La Rioja



Una carta interceptada en la ciudad por un espía, en la basura del alto mando galo, destapó la primera dimisión como rey de España a su hermano, que el emperador de Francia no aceptó.

“Muy hermano mío: gran viaje me habéis hecho hacer a España. No es posible, sino que vos estuvierais loco cuando me enviasteis acá, o yo borracho cuando vine. No extrañéis mi lenguaje, pues juro a tal que no estoy para otro, según es la rabia que me da lo que esta gentecilla está haciendo conmigo. 'Nada temáis', me dijisteis en Bayona: conozco a fondo el carácter de los españoles” ...

Con estas amargas palabras arranca la carta que José I Bonaparte, rey de España, escribió a su hermano, el emperador Napoleón, fechada en Logroño el 1 de octubre de 1808.

José Bonaparte. José I



La renuncia, sin embargo, quedó en papel mojado cuando Napoleón cruzó los Pirineos y regresó a España, en diciembre, al mando de la Grande Armée y sus 250.000 militares de élite.

En el verano de ese mismo año, recién iniciada la Guerra de la Independencia, la corte de José Bonaparte se vio obligada a huir de Madrid ante el avance del Ejército español, envalentonado tras la victoria en la batalla de Bailén. Mientras el emperador francés preparaba desde el país vecino su ofensiva para recuperar el control militar de la Península Ibérica, José I avanzó hacia el norte y estableció su cuartel general entre Vitoria y Miranda de Ebro, desde donde también dominaba parte de La Rioja.

Los planes se torcieron por el constante asedio de la guerrilla, sobre todo contra las vituallas francesas y por el ejército regular español, por lo que José I se trasladó a Logroño, donde, de forma precipitada, presentó las líneas generales de su mandato en la colegiata de Santa María de La Redonda a finales de agosto. Por ese y otros desafortunados hechos, pronto se ganó el mote de 'Pepe Botellas'. Pero esa es otra curiosa historia.

Logroño ciudad

Logroño también tiene su bicentenario historiográfico en relación con la "Guerra de la Independencia" a la que Napoleón definió como "la maldita guerra de España. Versier, General de

División, Conde del Imperio, Grande Oficial de la Legión de Honor, etc. dirigió a los "habitantes de Logroño" después de la represión llevada a efecto tras la sublevación de la ciudad contra los franceses, las siguientes palabras:

En la memoria histórica, y también en algunos documentos, quedó que a las once de la noche del 30 de mayo de 1808 un buen número de logroñeses tomaron las armas contra los franceses. También, que asumieron el poder de la ciudad, y que en él estuvieron durante una semana. Cedieron cuando las tropas francesas procedentes de Vitoria bombardearon la población desde el Monte Corbo. Era el 6 de junio de 1808. La insurrección coincidía con las que se dieron en otras ciudades del reino sin tropas francesas en la misma fecha.



Paseo Príncipe de Vergara.

El Espolón (principios XIX)

Pero el corto período de tiempo que duró la contienda contra el francés no sólo dejó huella en los manuales de la Historia de España sino también en los de La Rioja. De aquella situación de caos y heroísmo prendió la chispa de la identidad regional, que décadas después se plasmaría en la creación de la provincia de Logroño y, ya en el siglo XX, en la autonomía riojana. También de los planteamientos afrancesados nació la plaza más emblemática de la capital, hoy centro neurálgico: el paseo Príncipe de Vergara, más conocido como Espolón.

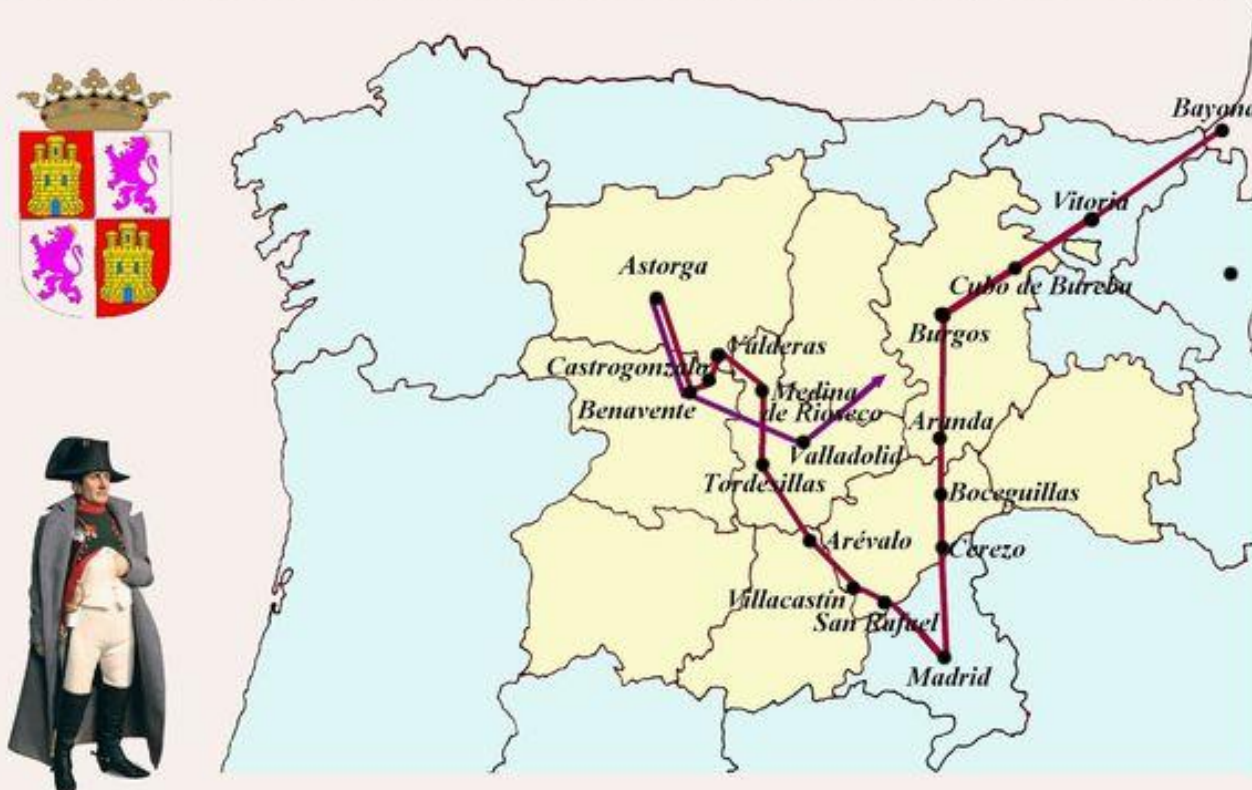
Napoleón en Castilla y León

Entre noviembre de 1808 y enero de 1809 Napoleón atravesó varios municipios de Castilla y León, en persecución del ejército británico que huía hacia el norte.

"El mayor error que he cometido es la expedición a España", reconoció Napoleón en 1819, ya preso en Santa Elena, después de que la derrota de su ejército en la Guerra de la Independencia y la pérdida de 200.000 soldados en el intento fallido de sumar España a su imperio supusiera el principio del fin de su sueño europeo.

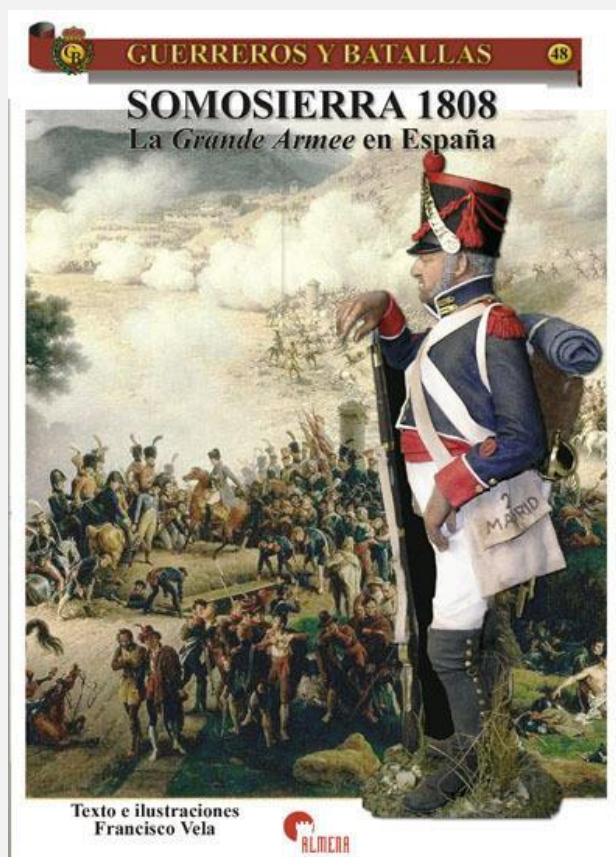
Napoleón llegó a Burgos, una de las ciudades que más sufrió durante la Guerra de la Independencia al ser lugar de paso de miles de soldados durante los seis años que duró el conflicto. Tan lamentable situación observó el emperador cuando se dirigía de regreso a París que designó como gobernador de toda Castilla la Vieja, con cuartel general en Burgos, al general Thiébault que atesora, entre otros logros, la limpieza de la ciudad, el cementerio extramuros y "el sepulcro del Cid y Doña Jimena de San Pedro Cardena", después de que las tumbas de ambos fueran profanadas por soldados franceses, señala Martín Mas. Este hecho se destacó en una inscripción que desapareció en 1842, cuando los restos del Cid y su esposa se trasladaron a la Catedral.

Itinerario de Napoleón en Castilla y León (1808-1809)



Tras su estancia en Burgos, el 22 de noviembre Napoleón continúa el camino hacia el sur, sin producirse más batallas importantes hasta la frontera de Segovia con Madrid, en el puerto de Somosierra, con excepción de un pequeño enfrentamiento en Sepúlveda, el 28 de noviembre, donde un batallón español logró retrasar unas horas el avance de Bonaparte. La batalla de

Somosierra (una de las pocas en las que participó el propio Emperador) dio la llave al ejército francés para entrar en Madrid y tomar la ciudad, rendición que se hizo efectiva el 3 de diciembre.



La ruta de los ejércitos por las frías y áridas tierras castellanas y leonesas, en pleno invierno, fue extremadamente dura y provocó muchos destrozos patrimoniales, saqueos y robos. Los franceses pecaron de falta de previsión, al no traer intendencia, por lo que se vieron obligados a saquear allí por donde pasaban, si bien de igual modo se comportaron muchos ingleses.

La retirada de Moore intentaba complicar el paso de los franceses volando puentes, como el del Esla y el del Órbigo. Ya sin Napoleón, la persecución continuó por la provincia de León y más concretamente por El Bierzo, donde "se produjeron escenas terribles de saqueo.

Valladolid fue la ciudad elegida para albergar las tropas francesas en su expansión por el resto de la Península, debido principalmente a su situación en el eje París-Madrid-Lisboa.

Por otro lado, en el resto de España desde el 22 de mayo, en Cartagena (Murcia), y hasta el 31 del mismo mes en Valladolid y Zamora, un rosario de sublevaciones contra los franceses surge por España: Oviedo, La Coruña, Badajoz, Sevilla, Murcia, Valencia, Zaragoza. Este alzamiento, que marcó el comienzo de la Guerra de Independencia, solo se llevó a cabo en los territorios no ocupados por los franceses puesto que lógicamente en un centro urbano dominado militarmente era imposible cualquier tipo de insurrección, como ya se había demostrado con creces el 2 de mayo en Madrid.

Así, el 31 de mayo, en la capital vallisoletana una muchedumbre de paisanos salpicada de soldados, se agolpa en las calles y plazas con los gritos de ¡Viva Fernando VII! y exigiendo, frente a las casas consistoriales, el alistamiento general, la entrega de armas, la designación de un jefe, y la proclamación de Fernando VII. El Cabildo condescendió en ello, y los manifestantes pasaron a la Chancillería.

La noticia de la insurrección vallisoletana fue recibida en el cuartel general del Cuerpo de Observación de los Pirineos Orientales, en Burgos, la noche del 4 de junio. El mariscal Bessières, visto el evidente riesgo de ruptura de la ruta militar y de postas de Francia a Madrid, dio prioridad a despejar la vía sobre la que se cernía la amenaza de las desconocidas. En consecuencia, las operaciones de los generales Merle y Lasalle en La Montaña fueron desviadas en favor del teatro

meseteño, uniendo sus filas en Dueñas el 11 de junio, listos para encarar al enemigo, del cual, tras el combate de Torquemada y la entrada en Palencia, tienen una idea cabal.

Batalla de Cabezón (12 de junio)



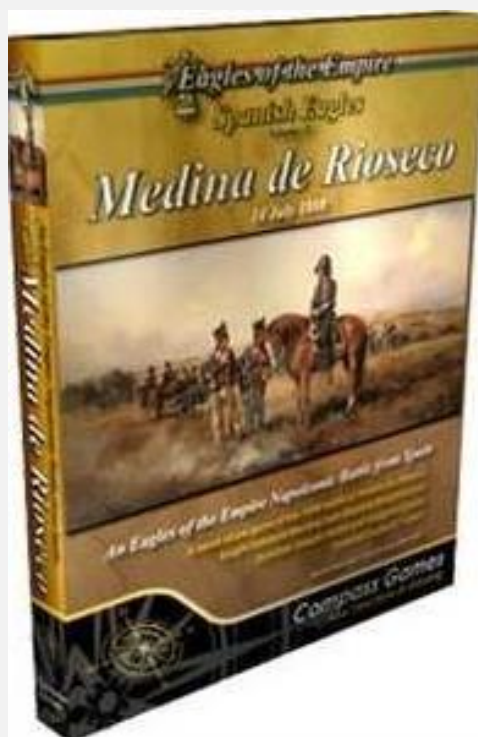
El general García de la Cuesta logra reunir una fuerza de unos 4 700 milicianos, 300 unidades de caballería regular y 4 piezas de artillería, que sería llamada de forma grandilocuente Ejército de Castilla. Entre estos voluntarios, se encontraba Juan Martín el Empecinado, que sería uno de los más audaces guerrilleros durante la guerra. Por su parte, el ejército francés preparó un destacamento al mando del General Lasalle compuesto de unos 9 000 hombres.

En un principio, las tropas de Cuesta se despliegan en Cabezón del Pisuerga sin embargo, llevado por el entusiasmo de sus hombres, Cuesta decide cruzar el puente y atacar a las fuerzas francesas, que les doblan en número. El resultado es previsible.

La batalla de Cabezón no sería inteligible, o lo sería muy difícilmente, desligándola de la del Moclín (Medina de Rioseco). Tras la victoria del 12 de junio, una porción de los galos entró en Valladolid, evacuado tres días más tarde. Bessières poco sobrado de efectivos, amontonando en su mesa decenas de informes relativos a alistamientos, concentración y movimientos de tropas españolas, desembarco de las inglesas, etc., desguarneció Valladolid, lo cual incita a García de la Cuesta a tratar de recuperar posiciones en la llanura castellana.

Vencido en Cabezón, García de la Cuesta condujo a su hueste hacia el norte de la provincia, a Benavente, donde se le unen los reclutas locales, los leoneses y un regimiento expedido, a regañadientes, por la Junta asturiana. Los políticos gallegos transigieron en enviar a su gente a Castilla (Joaquín Blake). Los ejércitos de Galicia y Castilla marchan sobre Valladolid. Los franceses hacen lo propio mirando a Benavente.

Batalla de Medina de Rioseco (14 de julio)

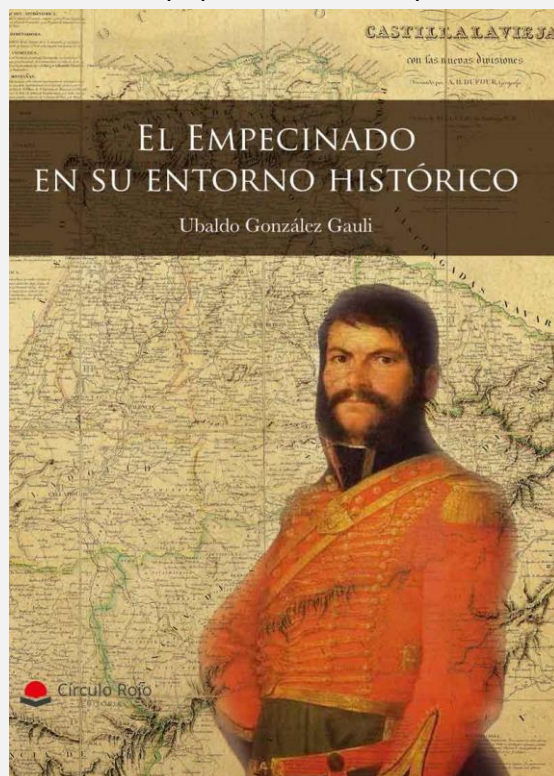


Enterado del movimiento de las tropas españolas, Bessières organizó un ejército de campaña de unos 14 000 hombres que marchó rápidamente a detener a los españoles. El choque se produjo en Medina de Rioseco, con las tropas españolas divididas en dos partes muy distantes, situadas sin protección en los flancos y con una línea de retirada muy reducida. Bessières decidió atacar por el medio, envolver y aplastar a los gallegos primero y después a los castellanos de Cuesta que, al comienzo de la batalla, habían sido contenidos. La operación fue un éxito francés: Blake perdió cerca de 3 000 hombres y toda su artillería, mientras que los franceses sufrieron menos de 500 bajas y aseguraron el camino a Madrid para José I que se había detenido en Burgos. Para el emperador esta batalla suponía la solución definitiva de los asuntos de España, y para el pueblo español, conocer los horrores de la guerra, pues los prisioneros fueron ejecutados y el pueblo de Medina de Rioseco saqueado.

Las guerrillas

La fórmula más eficaz para oponerse al invasor fue la movilización popular a base de partidas, la llamada guerrilla, que inmortalizó a personajes como héroes nacionales, azote de los franceses y en muchos casos introductores de las ideas liberales en la nación, una vez acabada la guerra. De entre esa multitud de personajes cabe destacar a Julián Sánchez 'el Charro' y a Juan Martín Díez, 'el Empecinado'.

La ruta del Empecinado propuesta por la Fundación Santa María la Real da comienzo en Cabezón de Pisuerga. Aquí se enfrentó en julio de 1808 el autodenominado Ejército de Castilla con una fuerza francesa, que le duplicaba en número y en experiencia. El Empecinado atendió a la llamada del general Gregorio de La Cuesta y se unió a su ejército. La intención era cortar a los franceses las comunicaciones entre Madrid e Irún. El resultado fue un desastre y el puente se convirtió en una trampa para el ejército español.

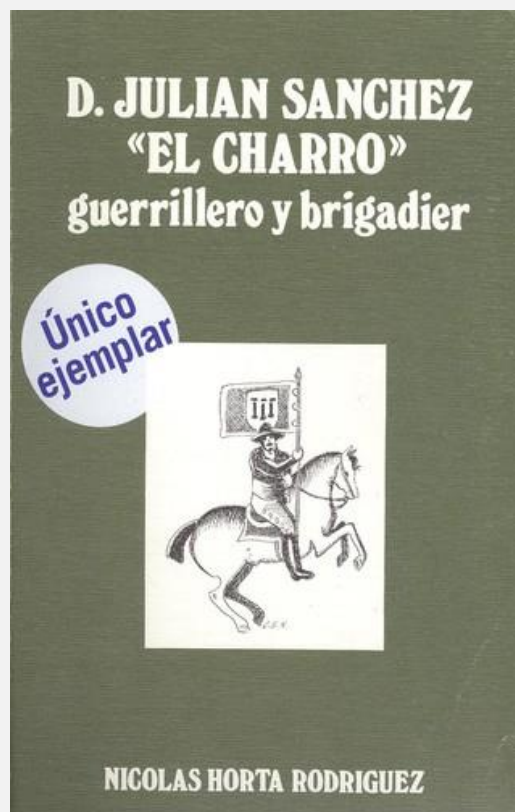


El punto siguiente fue Medina de Rioseco. La planicie que se extiende entre Medina y el pueblo de Palacios fue el espacio en el que se desarrolló la batalla que buscaba reconquistar Valladolid. Un nuevo desastre de ejecución por parte del ejército español y una pesadilla para los vecinos de Rioseco, que sufrieron la crueldad de los militares franceses. Especialmente las mujeres.

El resultado convenció a Juan Martín de que no era posible combatir a los franceses con sus mismas reglas. Reunió a sus hombres y volvieron a la guerrilla. Pero la vida da muchas vueltas y, tras la guerra, este liberal convencido se enfrentó a Fernando VII por la ruptura de sus compromisos y el retorno a posiciones absolutistas. Fue detenido en Olmos de Peñafiel y ajusticiado en Roa.

En la ruta debemos incluir Castrillo de Duero, donde nació y donde se encuentra el Centro de Interpretación del Empecinado. Unos paneles explican la vida de Juan Martín, junto a réplicas de armas y uniformes. En la plaza Mayor luce una fantástica estatua del guerrillero y todavía se mantiene en pie la casa donde vino al mundo.

Julián Sánchez ‘El Charro’

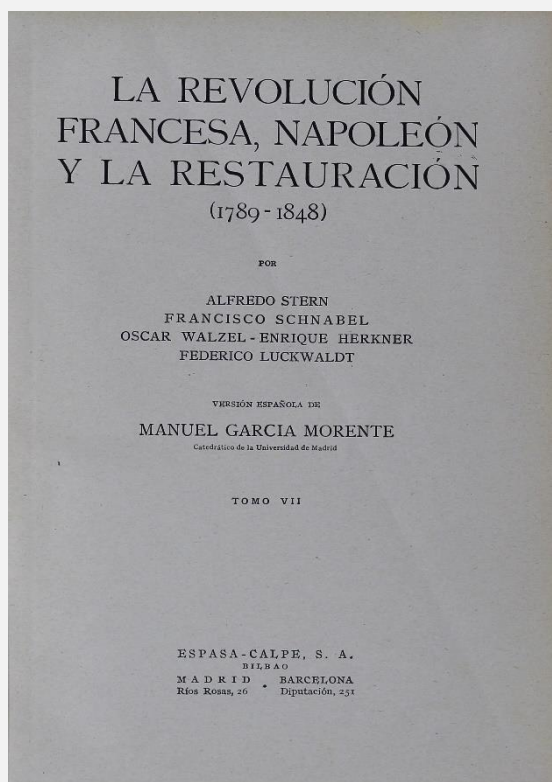
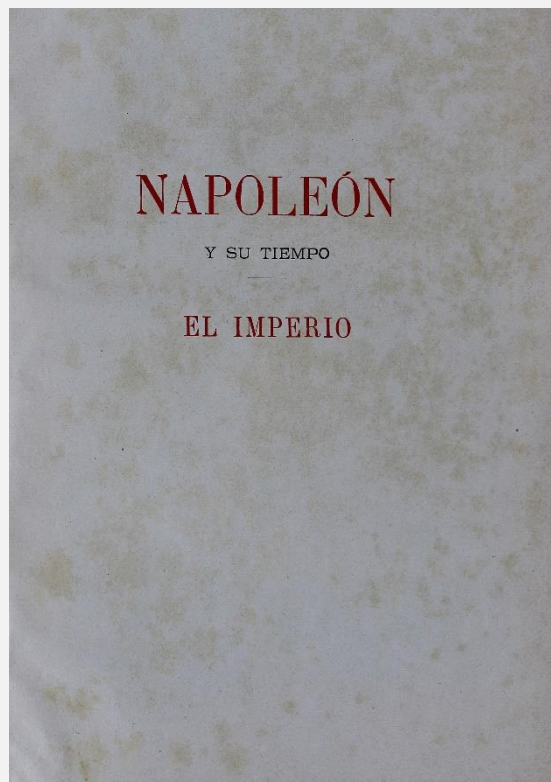


Nació en Muñoz, provincia de Salamanca, en junio de 1774. En 1808 se presentó en Ciudad Rodrigo, donde ingresó voluntario en una unidad de caballería, poniéndose al frente de una pequeña partida de jinetes armados de lanzas para hostilizar a las fuerzas enemigas desplegadas al sur de la actual provincia de Salamanca.

A partir de febrero de 1809, su hoja de servicios recoge una relación pormenorizada de las acciones en que intervino, así como el aumento progresivo del número de hombres a sus órdenes. Con muy pocos jinetes ganó incontables batallas entre España y Portugal.

Muy activo en las provincias de Salamanca y Zamora, a medida que la partida se hacía más numerosa crecía también su implicación en el ejército regular. Acabó formando parte del ejército de Wellington en su persecución de los franceses hasta Vitoria y, más adelante, hacia Aragón. Como en el caso del Empecinado, puso su experiencia militar al servicio de la causa democrática, lo que le valió la condena de Fernando VII.

BIBLIOGRAFÍA DE NAPOLEÓN MÁS SIGNIFICATIVA EXISTENTE EN ESTA BIBLIOTECA



MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS

DE LA "HISTORIA DEL MUNDO EN LA EDAD MODERNA", EDICIÓN ESPAÑOLA DE "THE CAMBRIDGE MODERN HISTORY" PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRINCIPALES HISTORIADORES DE EUROPA Y AMÉRICA

NAPOLÉON

TOMO I



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 98 A 97
DERECHOS RESERVADOS

PRÓLOGO

Napoleón es el título de este volumen y el siguiente, por constituir la parte principal de su contenido la historia de aquel hombre extraordinario. Ningún otro período de la Historia Moderna, y aún de la de otras Edades, con excepción de las épocas de Alejandro el Grande, de Julio César y de Carlomagno, está tan completamente dominado por una sola personalidad; pues si bien es cierto que, desde algún punto de vista, pueden compararse con la de Napoleón las épocas de Carlos V y Luis XIV, hay que confesar que en ninguna de ellas fué tan subyugadora la influencia personal del soberano, ni la supremacía de los Estados por él regidos tan grande ni tan decisiva. Además, el poderío de que gozó Carlos V fué principalmente debido á la aglomeración de vastos y ricos territorios bajo el cetro de un monarca heredero de un Imperio, y en cuanto al de Luis XIV fué más bien la obra de sus predecesores y subordinados que la suya propia. Napoleón, por el contrario, no sólo fué el artífice que labró su propia fortuna, sino también el principal factor ó creador de aquel enorme poderío que intimidó á la Europa entera. Si las personalidades de Alejandro, Julio César y Carlomagno llenaron la historia de sus épocas respectivas, como sucedió con Napoleón en la suya, en cambio, la esfera que ellos dominaron no es comparable con aquella en que directa ó indirectamente influyó el poder de Napoleón.

Nadie hasta él había reunido en un vasto conjunto de luchas ó de sumisiones á toda la Europa, desde los Urales al Atlántico, desde Arkángel al cabo de Matapán; nunca hasta entonces habían estado los destinos de todas las naciones de Occidente en las manos de un solo hombre, cuyas inmensas ambiciones alcanzaron, no sólo á Europa, sino también á vastas regiones de Asia, Africa y América, interesadas en el éxito ó fracaso de las luchas á que aquellas dieron lugar.

Si bien ha quedado reservado para los hombres de Estado H.—XV.—1

2

Prólogo

de nuestro propio tiempo el hablar con verdad de política mundial; si por primera vez en los últimos años del siglo diez y nueve sintió todo el mundo la mutua acción y reacción de las fuerzas políticas que todo lo abarcan, no es menos cierto que los albores de esta centuria señalaron un decidido avance hacia semejante resultado, y que este avance fué principalmente obra de Napoleón.

El período que abarcan estos dos volúmenes es algo más largo que el de sus inmediatos anteriores. No hay acontecimiento en la historia moderna de tan grande importancia como la Revolución Francesa; pero sus consecuencias más allá de las fronteras de Francia habrían sido relativamente pequeñas si las fuerzas que aquella engendró no hubieran sido recogidas por una sola mano y lanzadas por el impulso de una voluntad única contra la anticuada política de Europa.

No es este sitio oportuno para examinar los efectos de una causa cuyas fuerzas, desenvueltas ó cambiadas de dirección, actúan todavía; sólo notaremos aquí que si muchas de las ideas que han sido más poderosas en el siglo diez y nueve en toda Europa hicieron su aparición en la vida práctica en la Francia revolucionaria, su difusión se debe á Napoleón principalmente.

Los acontecimientos históricos narrados en estos dos volúmenes tienen, por este hecho y por la personalidad dominante y avasalladora de Napoleón, una cohesión y una unidad que ningún período precedente de la historia moderna puede disputarles. Desarrollanse los acontecimientos con dramática continuidad, como una gran tragedia representada sobre el escenario del mundo, mostrando la elevación, el desarrollo, el triunfo y la caída de un personaje cuya acción y cuyo destino dominan la obra desde el principio hasta el fin.

Las apreciaciones acerca de la personalidad de Napoleón y del valor de su obra han variado y variarán siempre tanto como el carácter y las opiniones de sus críticos. No hay que esperar que esta obra aumente el número de estos juicios; nuestra empresa va encaminada más bien á ofrecer al lector imparcial un acopio de hechos sobre los que pueda fundar un juicio imparcial. Napoleón aspiró á fundar un imperio universal, y esa ambición le llevó á sostener cruentas luchas con todas las naciones de Europa, que, á fin de contrarrestar su

Prólogo

3

creciente poderío, formaron contra él coaliciones; ello no ha de cegarnos para desconocer su grandeza, y, por otra parte, ha transcurrido ya un siglo y la amistad ha substituído á la prolongada y frecuente rivalidad entre Francia y los Estados que pretendió sojuzgar. Tampoco hay que olvidar que la lucha con Napoleón, además de echar las semillas del nacional resurgimiento y reforma política en toda Europa, tuvo otro resultado de feliz augurio para el porvenir.

El conquistador de Europa sucumbió ante la Europa en armas, y el triunfo fué seguido inmediatamente del esfuerzo combinado para afirmar la paz. El congreso de Viena fué la primera ocasión en que todas las potencias de Europa trataron de resolver asuntos internacionales por medio de pacífica deliberación.

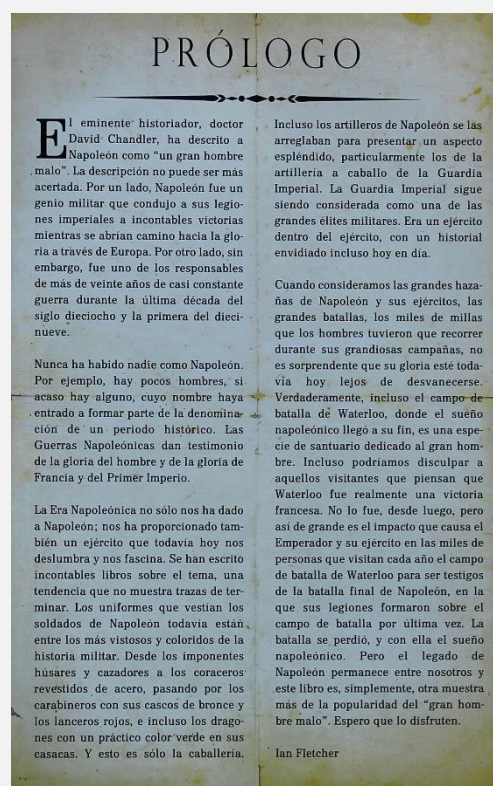
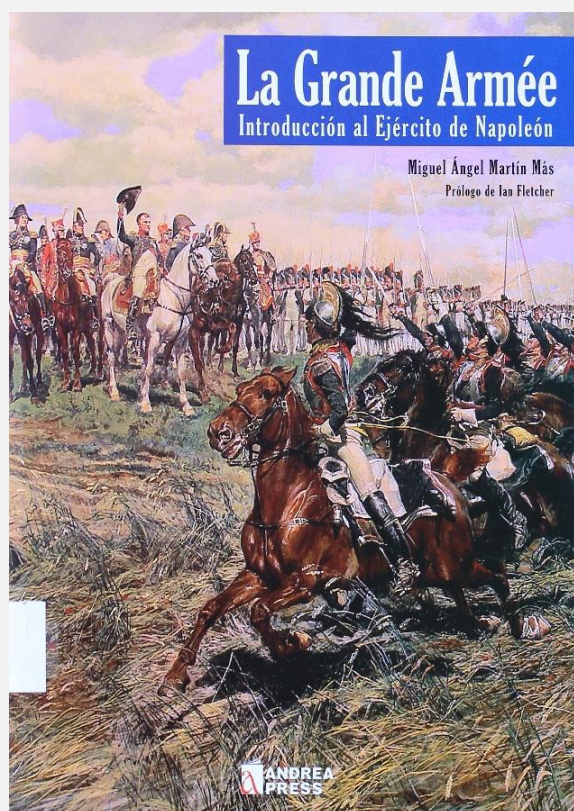
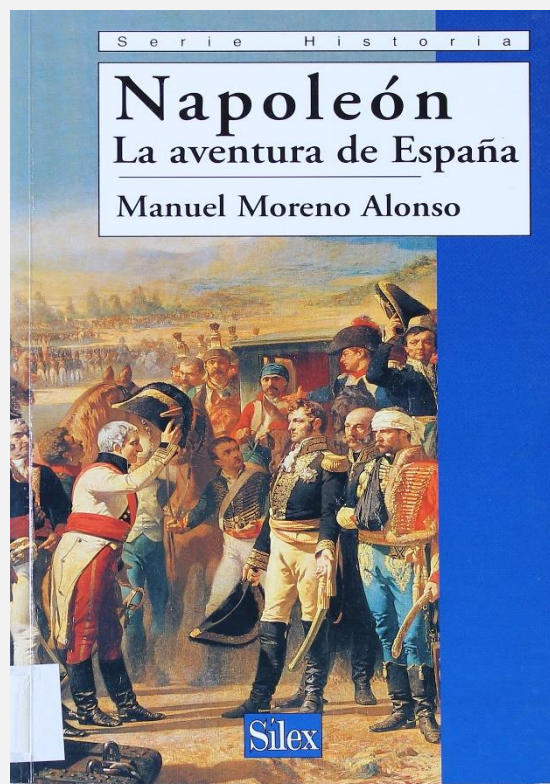
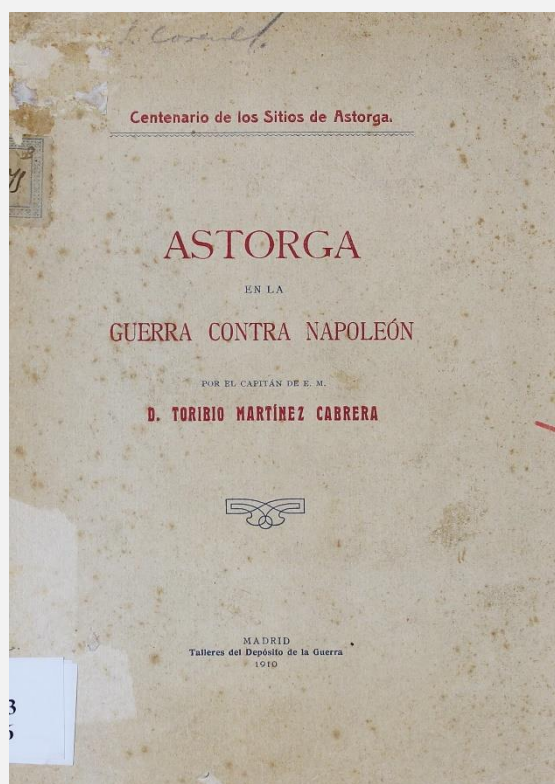
La unidad política que caracteriza la época alcanzó su punto más culminante en aquella asamblea, y aunque los resultados no alcanzaron todo su desarrollo, sin embargo, este primer experimento produjo notables frutos.

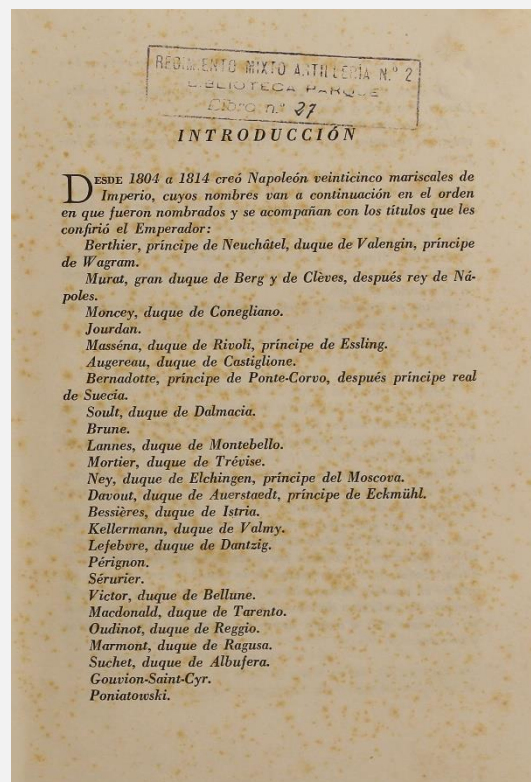
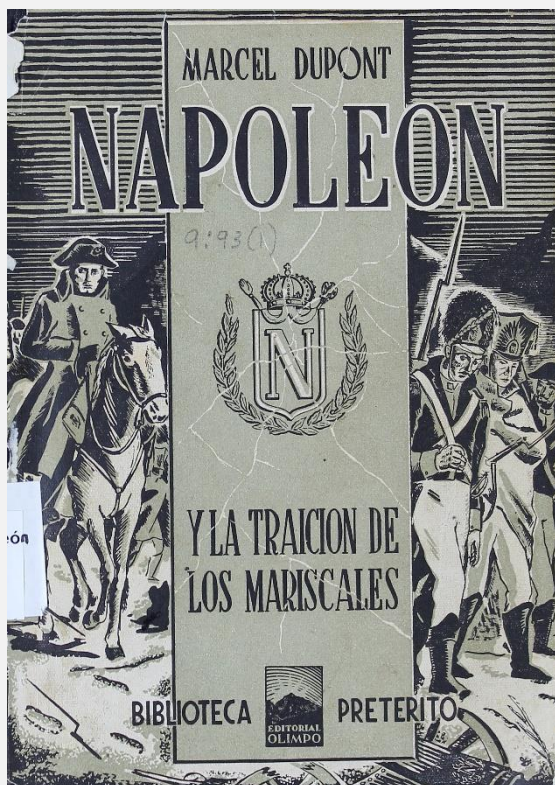
La paz de Europa se ha alterado frecuentemente desde 1815; el concierto europeo se ha roto algunas veces; pero los pacíficos hombres de Estado se han esforzado á través de la última centuria por seguir el ejemplo entonces dado como el mejor medio para evitar la guerra. Y este no es el menor de los beneficios que pueden atribuirse á la política de Napoleón.



BIBLIOTECA HISTÓRICO MILITAR A CORUÑA
CENTRO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR NOROESTE







6 Napoleón y la traición de los mariscales

De ellos, tres cayeron gloriosamente en el campo de batalla: Lannes, Bessières y Poniatowski.

El objeto de este libro es estudiar el comportamiento de los veintidós restantes, respecto de Napoleón, al derrumbarse el Imperio.

Y antes de dar comienzo a este estudio nos parece conveniente indicar cuál era la situación de estos varios personajes el día del cual arranca el relato de los hechos: 27 de marzo de 1814.

Bernadotte y Murat, traidores manifiestos, hacían ya armas contra Francia: el uno en Bélgica, el otro en el valle del Po.

Jourdan, Masséna, Brune, Kellermann, Pérignon y Sérurier estaban o en desgracia o a cargo de menguadas misiones militares en el interior del país.

Victor se hallaba en París curándose de las graves heridas recibidas en Craonne.

Moncey mandaba la Guardia nacional de París.

Gouvion-Saint-Cyr estaba prisionero.

Davout, bloqueado en Hamburgo, resistía denodadamente.

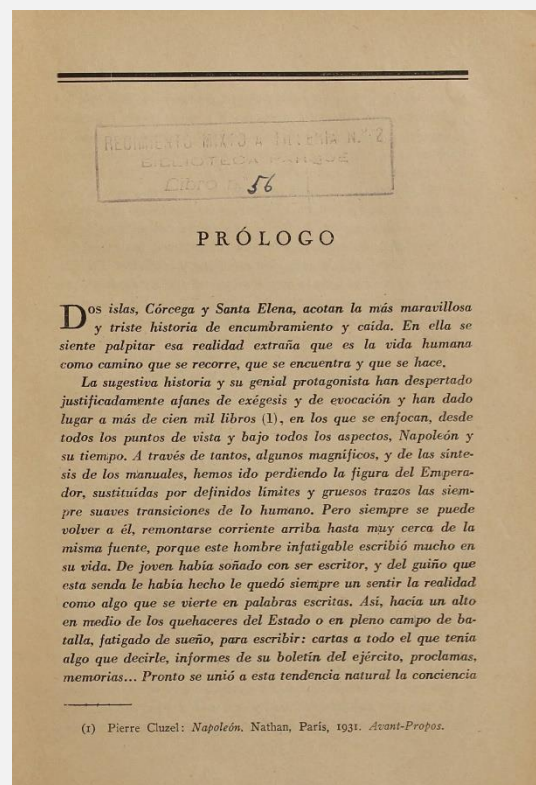
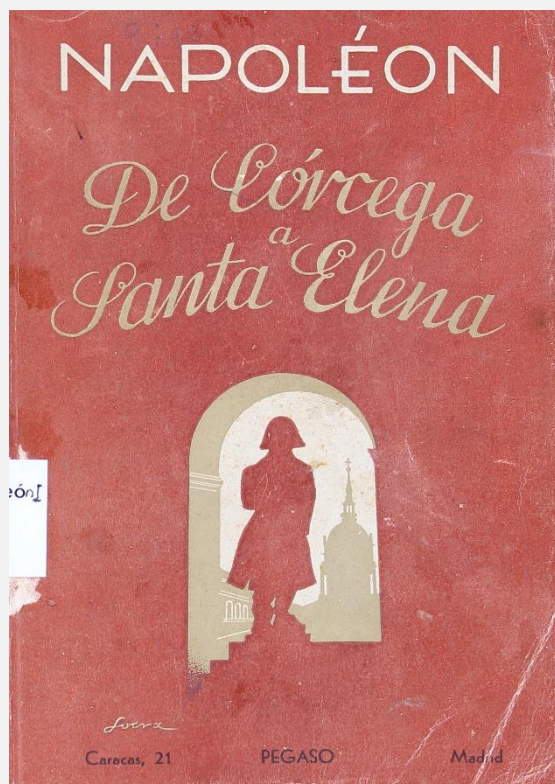
Augereau estaba al frente del llamado ejército de Lyon.

Soult, al mando del ejército de Portugal, y Suchet, al mando del de Cataluña, habían tenido que retroceder ante el empuje de las fuerzas inglesas, españolas y portuguesas, y luchaban en el Mediodía de Francia.

Finalmente, en la misma Grande Armée y, por ende, directamente a las órdenes del Emperador, se hallaban Berthier, Ney, Lefebvre, Macdonald, Oudinot, Mortier y Marmont.

Todos ellos eran grandes soldados. Estrechamente unidos, los más, a la vida de Napoleón durante las gloriosas campañas anteriores, figuraban o tomaban parte activa en las heroicas luchas desarrolladas en el suelo mismo de la patria. Vamos, pues, a seguirles en aquellas horas aciagas; vamos a indagar de qué modo comprendió cada uno de ellos el deber que le obligaba para con un soberano que a manos llenas les repartiera dinero, títulos y honores.





de su misión, del interés que habrían de tener un día aquellos documentos que salían de su pluma. Y todavía vino a reforzarla la inquietud por el juicio de la posteridad, la angustia de que lo transmitieran falseado a las generaciones venideras, a su mismo hijo, preocupación que culmina en el silencio de Santa Elena, cuando el pretérito vuelve a pasar por la memoria y por el corazón mientras en París se querían borrar las huellas de su imperio.

Todos estos escritos, de los que hoy damos al público de habla española una esencial selección, constituyen la mejor biografía de Napoleón I, la evocación más tensa y verdadera. En ellos se nos aparece con toda la grandeza que el eco ha repetido, con todos los motivos dominantes de la melodía que ejecutaron sus manos en el teclado que le brindó el destino; pero además oímos finalmente una serie de tornasolados motivos secundarios.

Se nos presenta ante todo como un genio de la atención: desde la dirección de todo el ejército y de toda la política a los más mínimos detalles de propaganda o de indumentaria, desde el planeamiento de un nuevo Estado a una representación teatral, de la diplomacia con los Reyes enemigos al acto heroico de una bandera, de los consejos sobre la política a seguir por los monarcas de su familia a la hora en que deben acostarse o las distracciones que deben procurar a su mujer; y recién llegado a Madrid, en plena guerra de la Independencia española, le encontramos dando instrucciones sobre el diseño de unas fuentes que se han de colocar en las plazas de París. Nada queda fuera de su mirada; a todo acude con su palabra en el momento oportuno; de todo se ocupa y preocupa en una vigilancia permanente. Ni un desierto sin ser corregido ni un hecho estimable, por modesto que sea, que caiga en el vacío sin ser recogido por un conductor que todos sienten cercano, que pasea entre los soldados y le escribe interindividualmente a tantos súbditos.

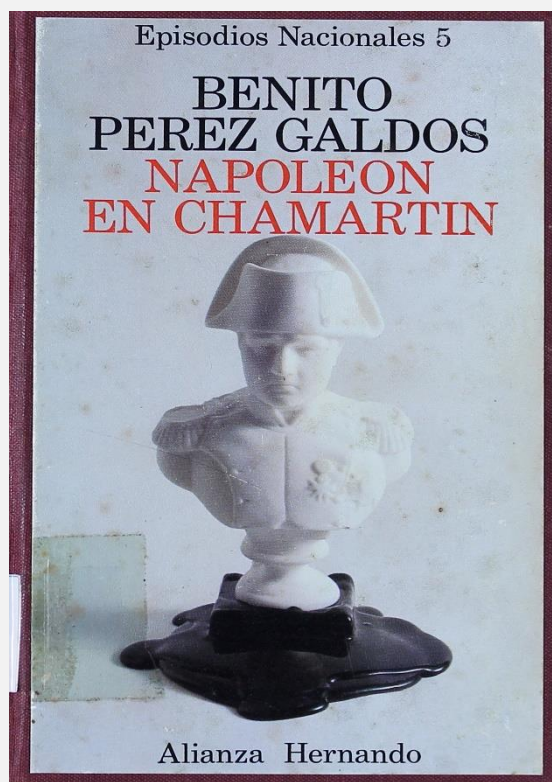
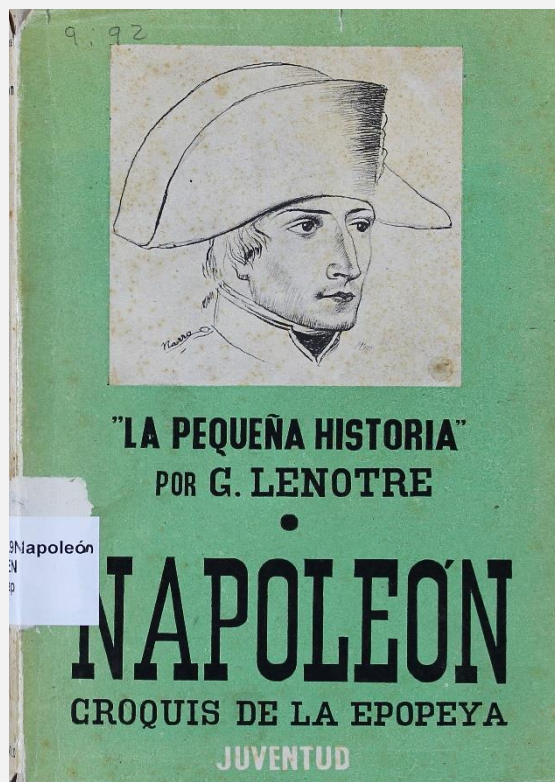
Este hombre atento cree que se debe hablar a cada cual en su lenguaje: "a los frailes, en lenguaje de frailes"; a los Reyes de Oriente con zalemas asiáticas y con una pompa que les haga impresión; a la coquetísima Josefina, con coqueterías de causeur;

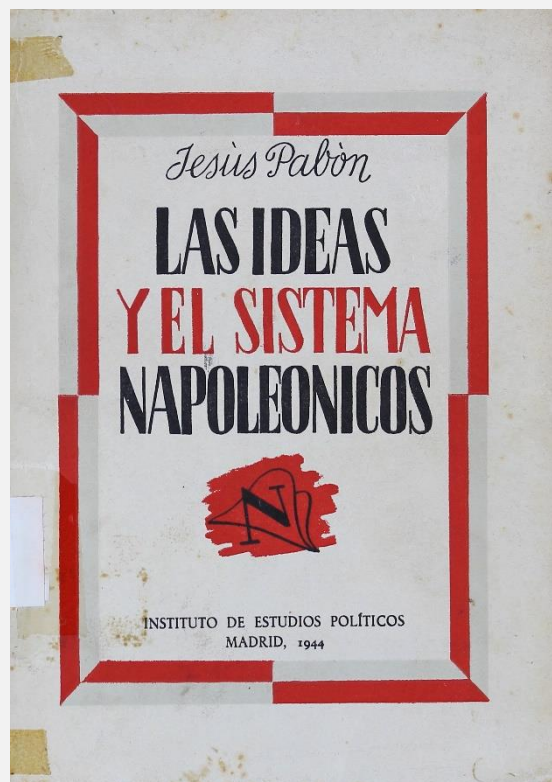
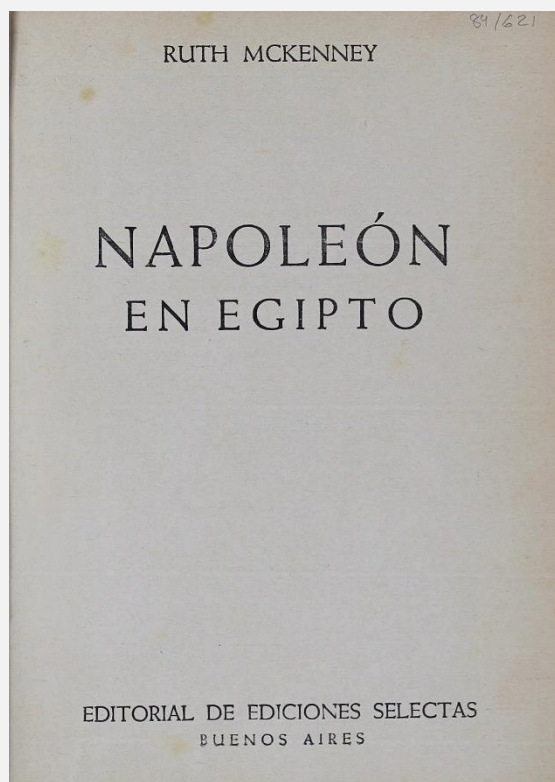
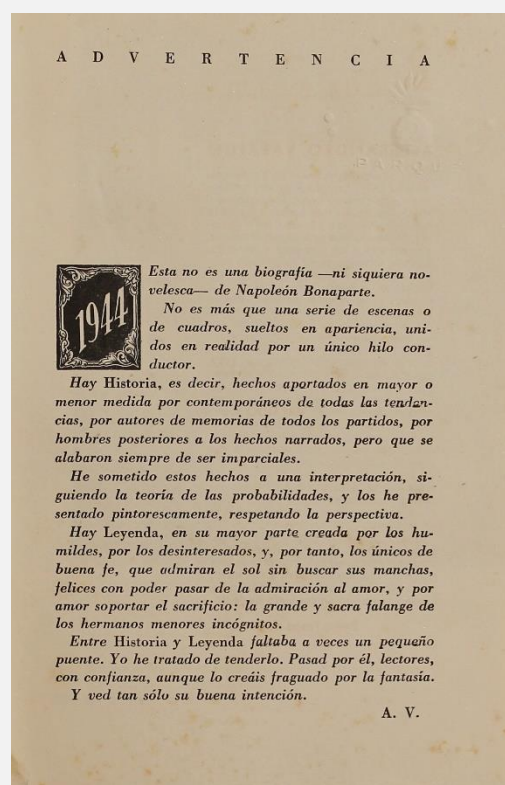
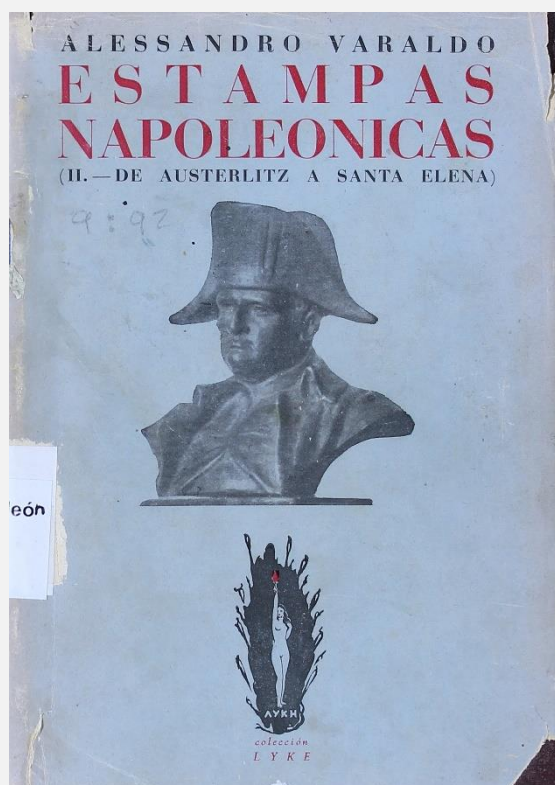
y a veces a un prelado, de "ciudadano obispo", pero también con propósito de producir un determinado efecto. Y vemos que esta ironía se va aprendiendo con el tiempo, con la experiencia, cuando se va perdiendo la fe en un amor eterno y en la inocencia del pueblo naturalmente bueno. Pero Napoleón no es el cortesano que se mete dentro de su ironía y la llega a tomar por la verdad; es el hombre consciente de ella, que la maneja deliciosamente y se divierte como espectador de su propia farsa.

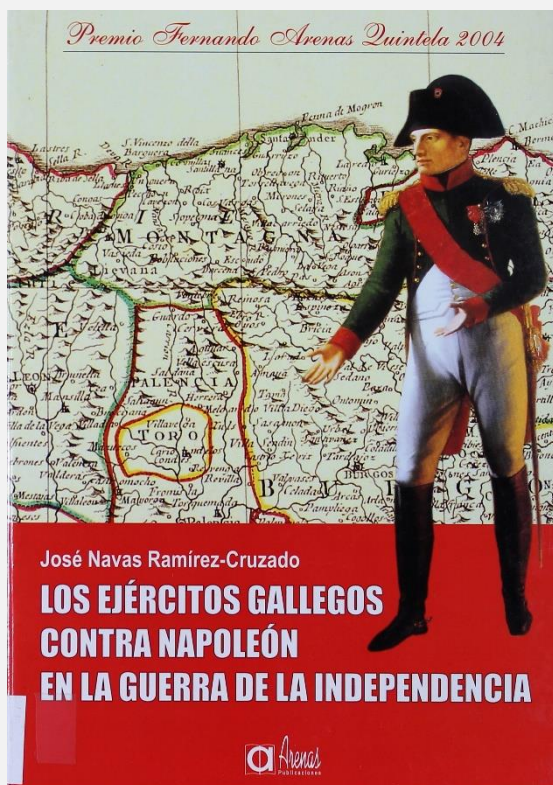
¿Cuál sería el lenguaje apropiado para las masas?... Con aquel instinto que ya tuvieron los juglares épicos de la alta Edad Media cuando ponían a su héroe sobre unas andas hasta hacerle flotar en una atmósfera mítica, Napoleón siente que la colectividad necesita teatro. Ahueca la voz, amplía el gesto, aumenta de volumen y parece que se recoge los pliegues de una toga ciceroniana. Pero esto es muy peligroso y no proporciona el recreo del juego estilístico en la rica lengua francesa; aburre un poco y tienta la vanidad, despista al pasar frente a un espejo, al contemplar un retrato o al escuchar los calderones de la propia voz; y como todo el mundo tiene algo de masa, algo de salvaje dispuesto al asombro, hay el riesgo de convertirse en serio en actor. Y esto le pasó un poco a ese Napoleón, que pospone el amistoso cariño a Josefina a mezclar su sangre burguesa con sangre real, que se viste de Emperador romano y se corona de laurel.

La desgracia lo vuelve a la sinceridad: es exaltado y teatral, emplea un lenguaje retóricamente hondo, pero es sincero. Vuelve a afirmarse el estilo prerromántico con que le había hablado siempre a su ejército, que era lo que tenía más cerca del corazón. Aquel apasionamiento de los años en que se enamoró de Josefina, cuando era un joven delgado y de ojos grandes, que se retorcia como una llama, se ha refugiado en su sentir a aquellos veteranos que le han sido siempre fieles, a aquella vieja guardia fiera que sabe llorar por él. Se expresa románticamente porque su dramático dolor se aloja en unas formas de sentir, de pensar y de decir, que iban transformando la sociedad europea en el mundo del romanticismo. Al mismo tiempo se estaba forjando

en filosofía el Positivismo comtiano, que había de originar en su día la reacción antirromántica, y Napoleón, claro exponente de su época, después de haber tratado siempre de atenerse a los hechos, la mágica palabra de Augusto Comte, nos habla en un tono materialista y positivista desde el melancólico ocaso de Longwood.







Los Ejércitos Gallegos contra Napoleón en la Guerra de la Independencia

Considero interesante resaltar dos ideas que a modo de finalidad expresa el autor en la obra: la Defensa Nacional es cosa de todos, no sólo de los ejércitos, y el rechazo de la guerra, con sus secuelas en la población, como método para solucionar los problemas entre naciones. No son contradictorias estas ideas, más bien son complementarias y van indisolublemente unidas. Solamente un pueblo sólida, cohesionada y solidariamente comprometido con la defensa de los valores e ideales en los que se sustenta su libertad y prosperidad, es capaz de crear ante los que quieren destruirlas el necesario efecto de disuasión que le haga desistir de sus intenciones. Y esto es válido tanto hacia el exterior como hacia el interior, como demuestran recientes acontecimientos. En palabras del profesor Martínez Paricio, la cultura de defensa debe formar parte inexcusable de la cultura cívica que corresponde al modelo de sociedad que hemos elegido.

Se defiende en las páginas que siguen a este prólogo la existencia de los ejércitos regulares, como no podía ser menos tratándose de un militar profesional, a pesar de que la enseñanza que cabría sacar de la Guerra de la Independencia sería precisamente la contraria. Es una obviedad que la guerra y los conflictos no han desaparecido, antes bien se mantienen y, al tiempo, se transforman. Para Andrés Ortega, el progreso material, y sobre todo el progreso moral de los pueblos, supone que la guerra ya no se ve desde la perspectiva de la defensa del territorio propio, sino desde la defensa de intereses más lejanos, o desde la derivada de la conciencia de tener que actuar aunque no haya interés nacional por medio. Las Fuerzas Armadas, hoy más que nunca, son un instrumento de la política exterior del Estado y no se concibe un Estado fuerte, con voz en el concierto internacional, que no disponga de unos ejércitos potentes y eficaces, capaces de actuar allá donde sean requeridos en defensa de los intereses tangibles o intangibles de la nación y de la sociedad a la que sirven. No son ideas nuevas, pero sí son fundamentales y su olvido lleva al fracaso. No es ocioso recordarlas.

Prólogo

Me produce una gran satisfacción tener la oportunidad de prologar este libro que permite un acercamiento riguroso a los que deseen conocer una página de nuestra historia, al mismo tiempo que la profundidad en el análisis de los hechos lo convierte en una referencia de interés para los especialistas.

La proximidad a la conmemoración del segundo centenario de la heroica gesta colectiva que fue la Guerra de la Independencia, ha provocado la proliferación de estudios sobre el acontecimiento. Nacido como fruto de dos pasiones de su autor, Galicia y el ejército, el libro que el lector tiene en sus manos es una importante aportación a este movimiento. No es un libro de historia sino más bien un relato y un análisis detallado de un suceso histórico. En él se aprecia, el estudio profundo de los hechos que se relatan y la investigación de documentos, algunos poco conocidos, con la idea de presentarlos como ocurrieron y con la mayor objetividad posible en su análisis. Objetividad no exenta de apasionamiento cuando de la participación y el sufrimiento del pueblo español y gallego en la efeméride se trata, como verdadero protagonista de cuanto en aquellos convulsos días acaeció, por encima de sus clases dirigentes. Bueno es recordar y analizar la historia, maestra de la vida y bagaje con el que nos enfrentamos al futuro: solamente sabiendo de donde venimos podremos saber hacia donde vamos.

José Navas Ramírez-Cruzado

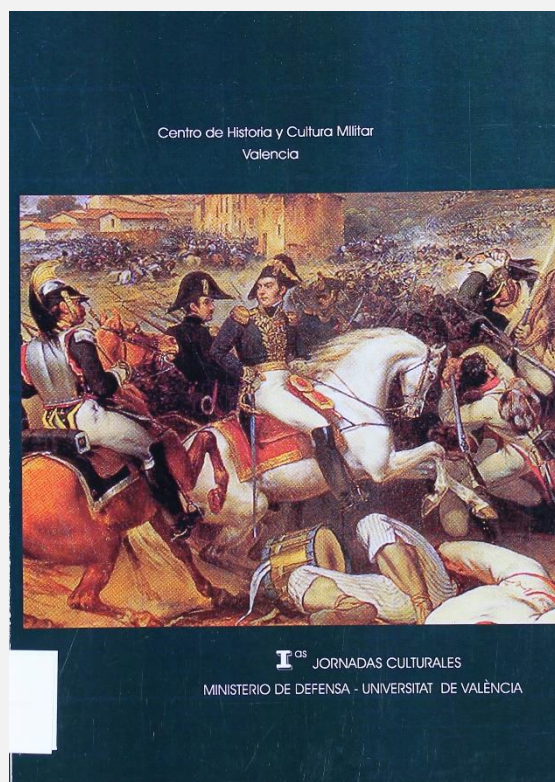
La obra está articulada en dos grandes partes íntimamente ligadas entre sí. La primera, mas extensa, proporciona los elementos de análisis imprescindibles para profundizar en el tema y en ella se describen los antecedentes y los acontecimientos al mismo tiempo que conocemos a sus protagonistas. La segunda constituye la parte principal y la que da verdadero sentido al trabajo: el análisis militar, operacional y táctico, de los hechos descritos anteriormente, empleando un método propio de un estado mayor para obtener, y esto es lo verdaderamente importante, las lecciones aprendidas para el futuro. De poco sirven los estudios históricos si de ellos no se extraen enseñanzas. No es el caso de este libro, por lo que felicito a su autor.

El coronel de artillería, diplomado de estado mayor por los ejércitos español y portugués, D. José Navas Ramírez-Cruzado, antiguo subordinado en su etapa maragata, entremezcla en su personalidad la desbordante luminosidad y barroquismo de su Andalucía natal con la serenidad y amabilidad de la ciudad de A Coruña en la que ha fijado su residencia, que tantas similitudes guarda, y nadie mejor que él lo sabe y nos lo ha hecho saber, con su querida Cádiz, unidas ambas por las aguas del Atlántico y por la rica tradición artillera que atesoran.

Todo esto se refleja en la presente obra, que por narrar profusamente una página de nuestra historia en la que queda reflejada el alma del pueblo gallego y por la profundidad en el análisis, ha merecido el prestigioso premio literario "Fernando Arenas Quintela 2.004" de ensayo y novela y que, estoy seguro, suscitará el interés de los estudiosos del tema y de los lectores en general. Mis mejores deseos de éxito a autor y editor.

Manuel Ignacio Oliver Buhigas.
Teniente General del Ejército.
Capitán General de La Coruña.

La Coruña a 6 de julio de 2004



PRESENTACIÓN

Como Director del Centro Regional de Historia y Cultura Militar de Valencia es una satisfacción hacer la presentación de este trabajo que culmina los esfuerzos e ilusiones de personas, tanto del Centro como del Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Valencia.

En este trabajo se plasma la colaboración MINISTERIO DE DEFENSA-UNIVERSIDAD DE VALENCIA iniciando su andadura por los caminos de la Historia Militar en un intento de impulsar la investigación del patrimonio Cultural Militar.

Se presenta en este libro el conjunto de conferencias encuadradas en unas Jornadas Culturales que en estrecha colaboración con la Universidad de Valencia, en su sede de la Avda. Blasco Ibáñez y bajo el título de “ VALENCIA EN CRISIS. ANTES Y DESPUÉS DE LA INVASIÓN NAPOLEÓNICA” se desarrollaron durante el año 2002. Con él queremos dar un paso más en nuestro deseo de difusión de la cultura militar.

Las conferencias impartidas por especialistas y estudiosos de la materia, tanto civiles como militares, analizan los aspectos sociales, económicos y militares de un periodo turbulento como fue el final del antiguo régimen y su desembocadura en la fractura social valenciana ocurrida en los años previos a la guerra de la Independencia.

El periodo así analizado es de suma importancia por cuanto expone al lector la situación de crisis en que se vio envuelta Valencia y sus gentes durante un puñado de años a caballo de los siglos XVIII y

XIX y que afectó a los sectores agrícolas, comerciales e industriales incidiendo gravemente en la economía valenciana.

Todo lo anterior unido a la crisis socio-política, fruto de los privilegios y exenciones fiscales, dieron lugar a una coyuntura social en la que las clases mas modestas de la población fueron las más perjudicadas.

Con el comercio marítimo muy restringido por la competencia francesa, con la Hacienda en total quiebra, con unos impuestos cada vez mas gravosos y con el descontento existente tanto en los sectores privilegiados como en los mas empobrecidos, la sociedad valenciana se presenta a las puertas de la guerra con Napoleón arrastrada por unos motivos tan diversos y funestos como los hasta aquí expuestos.

La razón fundamental de la celebración de estas Jornadas ha sido la de acercar, al universitario en particular y al pueblo valenciano en general, un capítulo de la Historia Militar y que juntamente con los estudios realizados sobre los aspectos políticos, sociales y económicos de la región conforman un análisis de la situación valenciana en un periodo de tiempo que ahora cumple 200 años.

Espero y deseo que esta colaboración Universidad-Defensa fructifique en futuras Jornadas que permitan dar a conocer el Patrimonio y la Historia Militar en su estrecha relación con la sociedad.

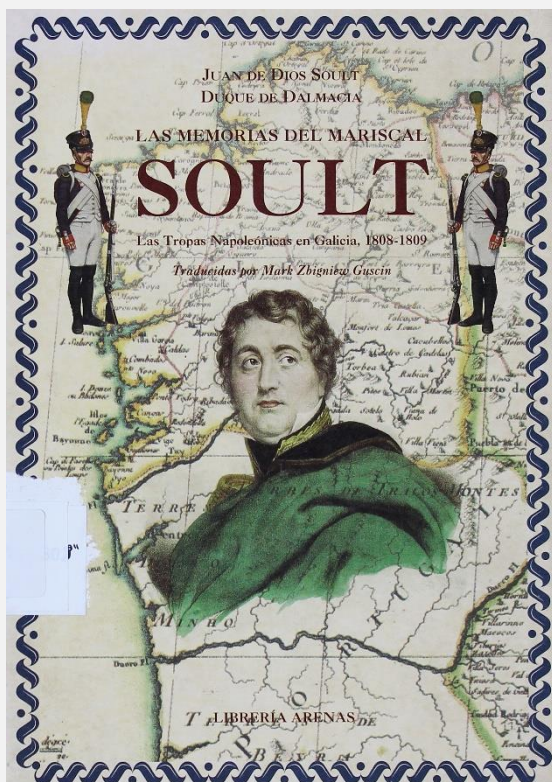
JOSÉ LÓPEZ HUIÓS

General Director del Centro de Historia
y Cultura Militar de Valencia



BIBLIOTECA HISTÓRICO MILITAR A CORUÑA
CENTRO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR NOROESTE





entrega, poniendo al servicio de largas y difíciles campañas sus grandes dotes como estratega, su prestigio militar y sus cualidades humanas de serenidad, paciencia, espíritu de sacrificio, tenacidad, alto sentido de la responsabilidad, decisión, sensatez, humanidad, capacidad de trabajo y seguridad en sí mismo. Mimado por Bonaparte, a cuya Guardia personal pertenecía y de natural ambicioso, no es difícil comprender que también se mostrase orgulloso, soberbio y egoísta. En todo caso es importante no perder de vista que sus éxitos y brillantes expectativas profesionales y sus fracasos rebosan del natural ímpetu, a veces poco reflexivo, de la juventud y que cuando Soult entró en España para asumir la alta responsabilidad del mando de un ejército aún no había cumplido los 40 años. Sus fricciones con Ney, Mariscal de carácter irascible e impulsivo y que se sentía postergado por el Duque de Dalmacia, hay que entenderlas en este contexto de conflicto de personalidades e intereses.

Por lo que respecta a hechos relacionados con la guerra en Galicia, que la obra detalla, citar que desde el punto de vista militar las rencillas entre Soult y Ney, a causa de celos y mutuos desprecios, derivó en falta de colaboración y descoordinación que produjeron resultados nefastos, al menos en el aspecto táctico y de los que ambos fueron responsables. A causa de la aludida falta de armonía pudo el General Moore llegar hasta La Coruña y establecerse en defensiva ante esta plaza y también a ello se debió el insatisfactorio resultado de la Batalla de Elviña, puesto que los británicos nunca hubiesen podido resistir ante una acción combinada de los ejércitos de Soult y Ney. Idéntica asintonía y falta de unidad se produjo en las operaciones en el Sur de Galicia y Norte de Portugal en la primavera de 1809, desunión que iba culminar en el fracaso de la campaña, fallos que Soult trata de explicar en parte en esta obra, pero que finalmente iban a conllevar la poca airosa retirada de los franceses de Galicia y sobre la que Soult, que no fue el único responsable, se justificó ante el rey intruso José I. El fracaso del Duque de Dalmacia fue la consecuencia de una acción táctica decidida a priori, sin considerar las dificultades que iban a sobrevenir en la campaña. Se trataba de conservar las ciu-

PRÓLOGO

La lectura de unas memorias, es decir de una fuente directa con gran carga testimonial, supone el poder asomarse desde la mayor inmediatez a actitudes y episodios concretos y obtener una riquísima y variada información de primera mano. La evidente subjetividad de un relato de este tipo resulta fácilmente superable cuando, como en este caso, disponemos de abundante bibliografía que con los puntos de vista más diversos tratan los avatares de nuestro personaje. La importancia del presente texto radica en que se nos brinda la posibilidad de cruzar la información que contiene con otros testimonios e interpretaciones, lo que posibilita clarificar conceptos y actitudes en muchos casos sujeto de controversia.

Las interesantes Memorias del Mariscal Soult nos acercan un personaje complejo y unos hechos humanamente lamentables, aunque muy aleccionadores desde el punto de vista militar.

El Mariscal Soult, Duque de Dalmacia, héroe de Austerlitz, se nos muestra en esta obra como un hombre honesto y seguro de sí mismo, como sin duda lo era y sin las sombras, propias de la condición humana, que le limitaron. Fue uno de los Generales de confianza de Napoleón, al que éste distinguió otorgándole mandos y misiones de gran responsabilidad y justificándole o mostrándose comprensivo con sus errores o veleidades, como sucedió en el asunto de Oporto. Soult correspondió siempre al Emperador con una total lealtad, disciplina y

dades de mayor importancia con guarniciones de relativa fuerza a costa de renunciar al dominio territorial y al control de las comunicaciones, lo cual condicionaba inevitablemente los movimientos de los ejércitos de operaciones ya que la distensión de las fuerzas tenía un límite, además de que al replegarse fueron constantemente hostigadas por el enemigo. La pérdida de las comunicaciones, más de un mes sin tener noticia alguna lo que llevo al historiador Oman a referirse a este asunto así "que cada comandante de guarnición o jefe de columna se encontraba en la situación de un hombre perdido en la niebla", puso al Mariscal Soult en una difícil y peligrosa situación que finalmente no pudo controlar.

En cuanto a la referencia que estas Memorias hacen de la actuación de los españoles, decir que no escapan de la general superficialidad con que los autores extranjeros tratan este asunto. El desorden en la administración, la carencia de medios, la escasa actuación de ejércitos organizados en campaña era lo natural en un país que, en plena decadencia, había sido invadido arteramente por un falso aliado, y política, moral y territorialmente sementado. Decir también que el valiente paisanaje gallego, al que Soult se refiere como "bandas de fugitivos que cometían todo tipo de excesos", eran patriotas escarnecidos y exaltados que defendían su terruño a sangre y fuego, aplicando no mayor violencia que la que sufrían de un ejército regular que, hostigado y acorralado, impuso un terror injustificable y no sólo achacable a la soldadesca, tal y como se desprende de la lectura de los Decretos de Ney firmados en La Coruña en abril de 1809. En Galicia los gallegos lucharon con valentía, tenacidad, habilidad y decisión ante un enemigo que los superaba en todo, menos en patriotismo y en amor a su tierra. En todo caso la crueldad no fue patrimonio de nadie sino de la propia injusticia de una guerra dictada por la soberbia.

EXCMO. SR. DON LUIS MARTÍNEZ COLL
General Jefe de la Región Militar Noroeste



